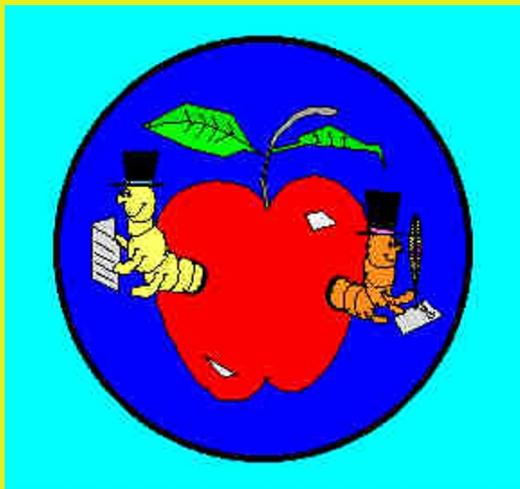


EL DESPERTAR DE LOS MUERTOS



EL DESPERTAR DE LOS MUERTOS

Redactores: JLM y JCJ. Nº1. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

¿Estáis muertos o qué? Sin duda lo parecéis. Tan muertos como podamos estarlo nosotros. Pero estamos dispuestos a resucitar, a surgir de nuestras cenizas para hacernos oír y para obligaros a que os revolváis dentro de vuestras propias tumbas.

¿Por qué el despertar de los muertos? Porque nunca antes se nos había oído y hace ya muchos años que aprendimos a hablar. Así que debíamos de estar muertos, como vosotros. Pero nuestra resurrección será sonora e incómoda, como estas palabras y la multitud que las han de seguir.

¿Que qué mosca nos ha picado? La de la vida, la de la juventud también. Tenemos tanto que decir y hemos estado callados durante tanto tiempo. Nunca es demasiado tarde para subsanar errores. Vencemos nuestra pereza innata y nos lanzamos a redactar estas páginas y, lo que requiere de más esfuerzo y valor, a descubrirnos un poco de nuestros corazones y las ilusiones que albergamos en ellos.

Ilusiones literarias, entre otras. Cuentos, poesías, ensayos, pensamientos (esos extraños fogonazos que de vez en cuando pasan por tu mente sin que tú les hagas caso mientras miras embobado el televisor). No son tan diferentes de ideales, de los que tenemos tanta falta. Basta ya de quejarse de la desgracia de ser jóvenes en nuestros días. Nunca es una desgracia ser joven y menos ahora. Hay tanto que descubrir, tanto que inventar y soñar, tan sólo desúncete de tu yunta, abandona el carro rutinario de la vida que se te impone y deja volar tu imaginación. Disfruta, si puedes, de nuestras historias y, si no, ponnos a parir. Pero, al menos, piensa por ti mismo aunque sea por una sola vez. No pretendemos dogmatizarte ni convencerte, tan sólo sublevarte contra ti, contra nosotros y contra todo aquello que uno debe plantearse para sentirse vivo.

Después, volveremos a nuestras tumbas, a nuestras rutinas, pero no sin antes haber hecho todas nuestras protestas formales contra la vulgaridad que siempre se nos ha vendido.

DE LA PERPLEJIDAD DE LA GENTE EN EL AUTOBÚS

Extraño síntoma, una persona contempla el exterior desde la ventanilla de un autobús. A primera vista podría inferirse que no observa realmente y que sólo mira mientras piensa en otra cosa, pero de ser así por qué no mira al frente. Quizá lo que busca son sugerencias para su mente, que va más vacía que cuando camina. Pero el paisaje sugiere y el hombre manda. Alguien poseído por el amor, cuando vea un puesto de flores, se acordará de su amada y acaso del regalo que debe hacerle tal o cual día; pero alguien poseído por el odio, verá las flores y las situará en la tumba de su enemigo o en las manos de aquel que regala flores a su pareja si está poseído por los celos. Así pues siendo siempre la percepción del hombre subjetiva, lo es más aún detrás de la ventanilla de un autobús. Teniéndose en cuenta que no es el hombre quien avanza, que ya lo hace el autobús por él, son sus pensamientos los que corren a ver lo que hay detrás de cada objeto que pasa ante sus ojos.

Juan Carlos Jiménez Moreno

EL MACHO DOMINANTE

-¿Volverás pronto? -le preguntó a Humberto su madre, temerosa ante la primera salida nocturna de su hijo a la ciudad.

-No lo sé madre. No lo creo. No se preocupe.

Dicho esto, tomó la corbata negra que le tendía la madre y se la puso con ritual ceremonia. Le dio un beso en la mejilla y salió de la casa. Fuera lo esperaba su amigo Edelmiro con el carro de mulas que le había dejado su padre. Edelmiro tenía que visitar, en representación de toda la familia, a una tía enferma de la ciudad. El padre le había confiado el carro para llevar a buen término la misión. Debía volver a la mañana siguiente, como muy tarde, para ayudar en los trabajos del

campo. Por no ir solo había pedido permiso para llevarse a su amigo Humberto con él.

Humberto ya era un hombre y la madre no pudo oponerse. Tras la muerte de su padre, se había convertido en el cabeza de familia. Era él quien trabajaba las tierras propias y ajenas y traía a casa los garbanzos. La madre ayudaba en lo que podía y los hermanos, todos voluntariosos, eran aún demasiado pequeños. Pero Humberto, Humberto sí que era grande y fuerte. Él, tan pequeño como se había criado, se había convertido en un gigante, la alegría de su madre, la envidia de los vecinos y la niña de los ojos de muchas mocitas casaderas.

Edelmiro y Humberto eran grandes amigos. Siempre lo habían hecho todo juntos desde muy niños. Habían jugado juntos, se habían peleado juntos, habían pasado las mismas enfermedades y ahora trabajaban juntos, hombro con hombro, las haciendas vecinas para llevar más dinero a casa. También habían visitado juntos la ciudad, pero nunca de noche. Los recados siempre se hacían de día: las compras, las ventas, las visitas. Aquella iba a ser su primera visita nocturna a la ciudad. Una vecina que había estado aquella tarde en la ciudad dijo a los padres de Edelmiro que su tía estaba peor. Llevaba varios días postrada en cama por la enfermedad y la madre de Edelmiro, preocupada por las noticias sobre su hermana, le había pedido al marido que la llevara a su lado para sentirse más tranquila. El marido, menos dado a sensiblerías, se negó a abandonar la casa por la noche y se limitó a enviar al hijo mayor para que viera a su tía y su madre se tranquilizara. Así que Edelmiro llamó a su amigo Humberto, los dos se pusieron las ropas de gala e iniciaron el camino a la ciudad.

Había poco más de una hora de camino hasta la ciudad. La noche era luminosa, con una redonda luna brillando en el firmamento, que iluminaba el estrecho camino. Aunque la noche era clara y Edelmiro era un hombretón, se alegraba de tener a su lado a Humberto. No le hubiera gustado emprender aquel solitario camino por la noche y sin compañía. Las sombras siempre exaltan la imaginación y el miedo y, a veces, al volver una curva, los miedos se hacen realidad. La compañía no sólo confortaba el ánimo sino que daba mayor seguridad ante cualquier peligro. En especial la soberbia presencia de Humberto.

Los dos amigos charlaban alegremente sobre su primera noche en la ciudad. Tenían mil planes, todos los cuales parecían hermosísimos a la luz de la luna y acompañados por el monótono traqueteo del carro y el lento trotar de las caballerías. La noche de la ciudad tenía algo de mágico y misterioso. Por una parte, era tan temible como las tinieblas, tan oscura y llena de peligros se la habían pintado sus madres. Por otra, era luminosa y divertida, tal la habían intuido por las conversaciones de los hombres en la taberna. Así que los dos amigos soñaban con esa ciudad misteriosa y llena de vida. Visitarían a la tía de Edelmiro, se quedarían un rato a su lado y, tras asegurarse de que se encontraba bien y pasaría una noche tranquila, darían una vuelta por la ciudad. Entrarían a los bares de la ciudad, beberían y, tal vez, podrían ver incluso a alguna de aquellas mujeres de mala vida marcadas por la odiosa y atrayente palabra: vicio. Eran hombres, ¿o no? No necesitaban ningún permiso para divertirse por la noche.

Así hablaban, pero callaban el miedo que, como aquel estrecho camino, les inspiraba la ciudad con sus secretos. Temían las tabernas de mala gente, el alcohol, despreciado por las madres, y las casas, en fin, llenas de vicio y perversión. Pero, a la vez, sentían curiosidad por conocer de primera mano aquellos lugares, exaltados en la imaginación por los comentarios de unos y otros.

Llegaron a la ciudad, el pueblo grande del que dependía su villorrio. Era una ciudad pequeña de provincias en la que resultaba difícil perderse aun siendo forasteros y novatos. Encaminaron las mulas por la calle principal, evitaron la plaza mayor y las dirigieron por una cuesta hacia la casa de la tía. Descendió allí Edelmiro, empujó la puerta y vio que estaba abierta. Guió a Humberto hacia las caballerizas. Humberto dejó allí el carro, desunció las mulas y Edelmiro les echó un poco de paja. Dejaron el carro y subieron al primer piso. La tía había oído voces y llamó más curiosa que preocupada:

-¿Quién anda ahí?

-Soy yo, tía. Edelmiro, el hijo de Restituta. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

-No muy bien, hijo. No muy bien. ¿Cómo es que te ha mandado tu madre a estas horas? -preguntó, pero no dejó responder-. ¿Cuánto me alegro de que estés aquí! No me encuentro muy bien esta noche. ¿Te quedarás conmigo hasta que venga el médico?

Edelmiro no podía negarse. Aquel había sido el mandato de sus padres: ir a la ciudad para cuidarse de su tía. Edelmiro supo así que el médico no vendría hasta la mañana. Su tía, un tanto hipocondríaca como la mayoría de las viudas jóvenes y solitarias, había pasado mal día. El médico la tenía desatendida, dijo. La había visitado dos días atrás, le mandó unos polvos, que tuvo que encargar a la botica por mediación de una vecina, y le dijo que aquello no era nada.

-"Cuatro días y nuevos". ¿Tú te crees, hijo mío? Eso fue lo que me dijo el médico. Te importaría traerme un poco de caldo. Está en la cocina. Sólo hay que calentarlo.

Edelmiro se fue a la cocina sin rechistar. Humberto se fue con él. La tía ni siquiera preguntó por Humberto. Tenía algo de dictadora frente a su familia, especialmente con sus sobrinos, consciente de que no podían negarle sus atenciones si querían alcanzar parte de su apetecible herencia.

-Lo siento, Humberto -dijo Edelmiro en la cocina-. Ya ves que debo quedarme con ella. Mi madre no me perdonaría que la dejase sola.

Humberto asintió, pero en el fondo estaba desilusionado. Sabía que su amigo no podía hacer otra cosa, pero le fastidiaba haber estado tan cerca de la noche de la ciudad y no poderla ver.

-¿Por qué no sales a dar una vuelta por ahí? Luego me cuentas lo que has visto y en paz. Así cuando volvamos por nuestra cuenta ya sabremos por donde ir.

Humberto estuvo a punto de decir que no. Salir solo por la desconocida ciudad no era algo que le resultara atractivo, pero era menos atractivo aún pasar la noche con la tía de Edelmiro. Así que Humberto, casi sin saber cómo, se vio en la calle, caminando. Sin darse cuenta, se vio delante de uno de los bares de la ciudad, indeciso entre pasar o marcharse, incapaz aún de vencer el miedo que le inspiraba aquel sitio. Oyó pasos a su lado. Vio a dos hombres acercarse. En nada se diferenciaban de su difunto padre o del padre de Edelmiro. Venían de algún pueblo vecino, como él, así lo atestiguaban sus oscuras ropas

festivas. Los dos entraron al bar y Humberto los siguió, con la confianza que da la familiaridad.

Era un lugar pequeño y oscuro, con una barra y algunas mesas dispersas. Sólo había hombres allí dentro. Humberto se sintió también hombre y, solidario con sus vecinos, apuró un par de vasos de vino. Confortado por el licor, con el estómago y la cabeza calientes, Humberto se sintió valiente. Salió del bar y caminó por la ciudad, en busca de otro de aquellos lugares de vicio. El vino lo había despistado un poco, pero no tardó en encontrar la "Taberna de Paco", el bar más famoso de la ciudad, cuya fachada familiar le llamaba al interior. Varias veces él y Edelmiro lo habían visto de día, como habían visto toda la ciudad y sabían situar en ella los comercios y locales. Entonces era un lugar muerto lleno de promesas. Ahora, por la noche, se oían en el interior música de guitarra y alegres conversaciones. Humberto no dudó esta vez. El vino lo había vuelto intrépido y locuaz. Cruzó el umbral, saludó a un tipo mal carado que guardaba la entrada y pasó al interior.

La taberna era oscura y sombría, pero era ruidosa y animada y estaba llena de gente. Humberto reconoció, o creyó reconocer, a algunos vecinos de pueblos cercanos y a un par de hombres del suyo. Procuró apartarse de ellos, pero pronto se dio cuenta de que estaban borrachos y no lo habrían reconocido. Se sentó en una esquina, ante una mesa baja, y pidió a la rolliza camarera una botella de vino. Jamás habría imaginado que una mujer, aunque gruesa y vieja, pudiera servir bebidas a los hombres. Miró alrededor y comprobó que la taberna era un lugar amplio y lleno de recovecos y comprobó también, con sorpresa, que la camarera no era la única mujer de aquel antro. La gruesa camarera dejó una botella y un vaso a su lado, se cobró y se marchó sin prestarle atención. Humberto llenó el vaso y bebió. No tenía ojos suficientes para verlo todo, ni oídos suficientes. En la mesa de al lado dos hombres se contaban las penas, al otro lado un tipo soltaba chascarrillos picantes, en otra esquina un hombre tocaba la guitarra. A su lado había hombres y mujeres revueltos. Humberto vio ante sí la imagen de su madre y pensó, casi con desprecio: "esas son las mujeres de mala vida".

-Toca otra, Manuelín -dijo un hombretón desde la mesa próxima.

Humberto miró hacia allá y quedó hipnotizado. El que había hablado era un hombre de unos treinta y pocos años, moreno, de anchas espaldas, que vestía un hermoso traje azul, llevaba corbata de rayas y gemelos dorados en los puños de la camisa, y su pelo brillaba engominado. Una fea cicatriz le marcaba el lado izquierdo de la cara, desde debajo del ojo hasta la barbilla. Tenía una mesa grande para él solo. A su lado había tres mujeres, todas jóvenes y hermosas. Dos tipos le guardaban las espaldas y todos parecían mostrarle deferencia. Cuando el Manuelín empezó a tocar de nuevo, el hombretón hizo una seña a una de sus amigas. La mujer, una joven de pelo moreno, piel canela y labios de un rojo brillante, se levantó de su lado y se dirigió hacia Humberto:

-¿Me invitas a una copa, guapo? -dijo y se sentó a su lado.

Humberto se atragantó con el vino y la mujer se puso a reír. Humberto se la quedó mirando embobado. Llevaba los ojos y los labios pintados y en su mejilla derecha brillaba un lunar postizo. Vestía un luminoso traje verde, ceñido al talle y sus senos se podían entrever, palpitantes, a través del profundo escote.

-Bebe si quieres, pero no tengo dinero -se disculpó Humberto, recordando los consejos de su madre.

La mujer se encogió de hombros, le quitó el vaso y lo apuró. Puso cara de asco y le miró a los ojos divertida.

-¿Quién es? -acertó a preguntar Humberto, refiriéndose al hombretón.

-Es el Pali, es mi hombre. Es el hombre más hombre de la ciudad- dijo la mujer estirándose con orgullo-. Bueno, me tengo que ir. Si otro día tienes dinero, llámame, guapetón. Pregunta por la Flaca.

La mujer se levantó de su lado, le dirigió una mirada provocativa y volvió con el Pali, el cual, desvergonzado, le puso una mano en el trasero y la atrajo hacia sí para besarla en los labios y el escote con vergonzosa lascivia.

Humberto no se dio cuenta de que el guitarrista se había puesto a su lado. Había dejado de tocar y le dijo que estaba sediento.

Humberto llenó su vaso y se lo ofreció. Manuelín lo apuró de un trago y se sentó con él.

-Eres nuevo, muchacho. Nunca te he visto por aquí.

Humberto negó con la cabeza. El vino le había hecho ya efecto.

-Sí, soy nuevo, pero soy tan hombre como el que más. Tan hombre como ese -dijo señalando al Pali.

-Muy alto tiras, muchacho. El Pali es el jefe. Los hombres le temen y las mujeres lo admiran. Unos y otras trabajan para él. Yo también, y no me quejo. Aquí es el amo y iay de quien le lleve la contraria! No te atrevas a ofenderlo. No serías el primero ni el segundo a quien quita la vida.

Humberto se quedó pensativo y amedrentado. El Pali era el chulo de la ciudad, el jefe de los maleantes y de las furcias, enseñoreado en sus garitos. Pero para Humberto era un Dios. Allí estaba, todopoderoso, temido por los hombres, rodeado de bellas mujeres, mirando desafiante a todos y a todo. Manuelín se levantó, a petición del Pali, y se fue a su lado a seguir tocando. Humberto se quedó embelesado mirando al Pali, a sus mujeres, a sus guardaespaldas, a su músico. Bebió otro trago de vino y borró sus pensamientos con la calidez del licor descendiendo por sus entrañas.

Llegó entonces una cuarta mujer al lado del Pali. Era más joven y hermosa que las otras. Una chica medio rubia, de ojos medio verdes y sonrisa triste, algo más metida en carnes que sus compañeras, llena de curvas sugerentes realizadas por su entallado vestido. La muchacha se acercó al Pali con cara de miedo, dijo algo que Humberto no pudo entender y bajó los ojos. El Pali dio un respingo en el asiento, miró a la muchacha rubia con ojos iracundos y le gritó:

-¿Cómo que no te ha dado más que tres gordas?

La joven negó nerviosamente con la cabeza, el Pali se levantó del asiento y le arreó una sonora bofetada en pleno rostro. La muchacha se tambaleó y cayó al suelo sobre su trasero. Toda la concurrencia se echó a reír, el Pali se estiró orgulloso y volvió a sentarse mientras la joven gimoteaba desde el suelo e intentaba disculparse.

Humberto, medio embotado por el vino, sintió en sus carnes la ofensa a aquella mujer y se levantó medio tambaleándose del asiento. Un hombre no iba a consentir que se maltratase a una mujer en su presencia, menos aún ese Pali al que todos reían la gracia. Sin darse cuenta, se plantó ante aquel hombretón. Lo miró desafiante, sin darse cuenta de que sus dos secuaces se habían situado a su espalda.

-¿Te ha hecho daño este mamarracho? -preguntó Humberto a la muchacha llorosa-. ¿Le parece bonito andar pegando a las mujeres? -se volvió al Pali sin esperar a la respuesta de la chica-. Yo digo que usted no es más que un cobarde.

Humberto no era del todo consciente de estar diciendo aquello. Posiblemente el que hablaba era el vino. Pero el vino, además de locuacidad, le había proporcionado la apariencia de valor. No había terminado de hablar cuando sintió unos recios brazos sujetándolo por la espalda. Eran los subalternos del Pali. Su jefe, sin embargo, se reía delante de sus narices. Hizo una seña a sus hombres para que soltaran a Humberto y volvió a ponerse de pie.

-Vaya, tenemos hoy un gallito por aquí. Vamos, si eres tan hombre vayamos al patio y demuéstreme lo cobarde que soy.

Sin duda el Pali estaba divertido. Aquel mozalbete, alto, fuerte e imbécil, le iba a proporcionar una ocasión para lucirse, para hacerse respetar y para romper la monotonía de la noche.

Si Humberto hubiera estado sereno, se habría marchado corriendo. Pero no lo estaba. Como en un sueño, vio que el señor Paco, el dueño de la taberna, abría la puerta del patio interior y los guiaba adentró al Pali, a él y a los numerosos curiosos.

-Ahora veremos si sigues siendo gallo o pollo -sentenció el Pali.

Aquel hombretón confiaba plenamente en sí mismo y en su ventaja sobre Humberto. Sacó de su cinturón una enorme navaja que, desplegada, hacía refulgir una hoja de casi una cuarta de tamaño. Humberto despertó ante el peligro. Aunque seguía ebrio, el alcohol pareció hacerse a un lado y Humberto vio como la gente los hacía corro. Casi todos se burlaban de él y apoyaban al Pali, apostando por el más probable ganador. Humberto sólo podía luchar por su vida, ya era demasiado tarde para escapar o ser cobarde. Sacó de su cinturón su

propia navaja, de gruesas cachas pero hoja algo menor que la de su rival. En cuanto abrió la navaja todo el público se puso a gritar excitado. El Pali sonrió por última vez y comenzó a girar en torno a Humberto, pasándose el arma de una mano a la otra.

Humberto se movía como si todo fuera un sueño. Aquello no podía ser real. Miró a su alrededor y vio rostros conocidos: el de Manolín que lo miraba apenado, el de la Flaca divertido, el de la muchacha rubia lleno de pavor. El Pali dio un salto hacia él y, antes de que pudiera reaccionar, notó el tajo en la mejilla y el reguero de tibia sangre corriendo por su cara.

-Si quieres imitar al Pali tienes que llevar una marca como la suya -dijo su contrincante ante la algarabía general.

Humberto se pasó el dorso de la mano por el rostro y contempló su propia sangre goteando. Encolerizado, inconsciente de sus actos, se lanzó sobre el Pali, que lo esquivó sin dificultad y le propinó una patada en el culo. Todos se reían y Humberto, ahora sí gallito, se sintió herido en su amor propio. El Pali maniobraba a su alrededor hábilmente, como un experto luchador. Para él aquella pelea era un juego. La concluiría cuando lo deseara. Sólo le faltaba decidir si iba a matar al pollo o bastaría con dejarlo herido. Lanzó la navaja hacia el costado de Humberto, convencido de alcanzar la carne, pero se encontró con la hoja del joven. Al choque de acero contra acero le sucedió la sorpresa del Pali cuando vio un enorme puño acercarse a su rostro. Era la mano libre de Humberto que le propinó un fuerte golpe en la nariz. El Pali se apartó con un reguero de sangre corriéndole hasta los labios. Posiblemente aquel imbécil le había roto las narices. No quiso reconocer que ahora el miedo lo invadía y no estaba tan seguro de su victoria. Se dijo que ya sólo había una opción: matar al pollo y castigar su insolencia para ejemplo de todos los que habían visto que alguien había herido al Pali.

El miedo y la ira mezclados provocan, a veces, la precipitación. Eso le ocurrió al Pali. Lanzó un nuevo ataque temerario contra Humberto. Esta vez sí rozó con su hoja el costado de su adversario y se envalentonó de nuevo. El corte había sido muy superficial pero Humberto gimió de dolor. El Pali, cegado por la furia, atacó de nuevo con la hoja por delante. Humberto le tomó por la muñeca y desvió el

filo hasta la propia pierna del Pali. Un grito se elevó de la garganta del rey y Humberto, sujetándolo todavía por la muñeca, aprovechó para propinarle un rodillazo en pleno estómago que le cortó la respiración. El Pali palideció y retrocedió un paso. Humberto supo interpretar lo que se leía en sus ojos: miedo. El Pali, el gallito vencedor de gallitos, temía a una muerte que nunca había imaginado posible en aquella desigual pelea. El Pali miró a su alrededor: la gente, los suyos, ya no se reían. Unos lo miraban tan asustados como él, otros, como la Chunga, la del guantazo, le miraban divertidos, esperanzados con los bríos del jovenzuelo.

El Pali dirige una mirada iracunda a Humberto y se lanza contra él. Los dos cruzan navajas y se engarzan en una lucha cuerpo contra cuerpo. Los brillantes aceros se mantienen pegados. Los brazos libres se engarzan entre sí y los dos contrincantes ruedan por el suelo agarrados a la cierta muerte. El Pali logra acercar el acero al cuello de Humberto, la mano del joven trata de detener el golpe pero no puede evitar un leve tajo por debajo de la barbilla. A la vez, la otra mano de Humberto empuña la navaja y la dirige al pecho del Pali. La mano libre del Pali sujeta la muñeca de Humberto, pero la fuerza del muchacho vence toda resistencia y el acero penetra en el pulmón del rival. Cesa toda resistencia, los ojos del Pali se tornan vidriosos, su gesto crispado muestra dolor y miedo. Un breve gemido había anunciado su último hálito. El Pali acababa de morir.

Humberto se levantó del suelo, envuelto en sangre propia y ajena. De los labios del muerto se deslizó un breve hilo de sangre. Humberto miró alrededor: silencio de muerte y rostros incrédulos. El miedo hizo presa entonces en Humberto, tantas emociones están a punto de llevarle a un ataque de histeria. Le vence el cansancio, le tiemblan las piernas. Humberto se dejó caer de rodillas sobre el suelo. ¿Qué podía esperar después de haber matado a un hombre? La condena de la justicia, la venganza de los amigos de la víctima. Había sido un duelo a muerte, poder contra poder. Humberto no se sentía orgulloso de sus actos, pero sí satisfecho por conservar su propia vida. Se acordó entonces de Edelmiro y su tía, se acordó de su madre y hermanos. ¿Qué iba a ser de ellos?

A su alrededor la gente murmuraba, unos y otros observaban la escena admirados. La Chunga se acercó entonces al vencedor y le ayudó a levantarse. Humberto se apoyó en ella y vio una risa en sus ojos. La muchacha pasó el brazo de Humberto por su talle y apechugó al joven con sus encantos. La Flaca y otra de las mujeres se acercaron a los dos subalternos. Habían entendido el significado de la victoria de Humberto y del gesto de la Chunga. Todos se acercaron a Humberto y lo felicitaron. Las mujeres del Pali se mostraron desvergonzadas y se le ofrecieron, los hombres le mostraban deferencia.

Paco, el dueño de la taberna, se apresuró a encargarse a dos ayudantes y a los hombres del Pali que se llevaran de allí al muerto y se deshicieran de él. Siempre fue igual: el rey ha muerto, viva el rey! El rey era ahora Humberto y todos lo aceptaban y todos olvidaban al viejo rey y ocultaban el resultado de la justa disputa.

Humberto ya no pensaba en su familia ni en Edelmiro. Faltaban un par de horas para el amanecer. Sin darse cuenta, Humberto se vio con sus heridas lavadas y curadas, sentado a la mesa del Pali con un vaso de vino en la mano, la Chunga sentada sobre sus rodillas cubriéndolo de besos lascivos, otra mujer, cuyo nombre aún no conocía, le ofrecía las exiguas ganancias de aquella noche, y un subalterno le comentaba los planes para la mañana siguiente. Humberto era el rey de la tribu. Tarde o temprano llegaría otro gallito y lo destronaría, pero Humberto no pensaba en eso ahora, ni en su familia abandonada ni en su amigo. Más tarde se ocuparía de ellos y los favorecería desde su situación de privilegio. Pero ya no era el mismo Humberto. Tenía otras preocupaciones, las del nuevo jefe de la manada.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Yo soy un caballo domado, como bien cada día y duermo caliente, a cambio de eso llevo a la espalda a mi amo, tiro de un carro y no tengo vida propia ni amores no permitidos.

Fui a los campos a buscar la incertidumbre de la libertad y encontré hambre, miedo y ese sentimiento de suprema responsabilidad cuando sabes que solamente depende de ti, la vida era difícil pero

gracias a que las pequeñas derrotas eran algo normal y a diario, las pequeñas victorias eran enormes y justificaban todo mi esfuerzo y tal vez mi vida pues ahora era...mía.

Juan Carlos Jiménez Moreno

El tierno manto que nos cubre sólo alcanza a abrigar
esperanza

El suave viento que nos habla, no lo hace con palabras

Sólo podemos ver un tono blanco, una ausencia de oscuridad
pero eso nos basta

Hasta qué punto está equivocado un descreído, si sólo cree en
él

Hasta qué punto él no es sino un punto de existencia
intangibile, impalpable
hasta todo punto

Juan Carlos Jiménez Moreno

EL CRIMEN DE LA ROSA

Hoy, hurgando entre un montón de viejos papeles, me he encontrado con un periódico amarillo de hace cuarenta años. No recordaba haberlo guardado, aunque no podía ser de otro modo. Aquel periódico conserva para mí un significado muy especial.

En su portada todavía puede leerse el impresionante titular: "*Capturado el asesino de la rosa*". Aquel hecho, aquel periódico significaron un momento importantísimo de mi vida, un punto de inflexión. Incluso ahora, al cabo de los años, todavía me pregunto lo que podría haber sido de mí si el futuro que mi sino o la casualidad me deparaban hubiera sido diferente.

La memoria es un artilugio extraño. Creemos controlarla, pero ella tiene voluntad propia, es insumisa y caprichosa. Hacía años que no aparecían tan vívidamente a mis ojos las escenas que este periódico marchito ha puesto ante ellos como si hubieran sucedido hoy mismo. Muchas veces me he puesto a pensar en él y he tratado de recordar su rostro y sus maneras de aquellos días, pero enseguida debía aferrarme

a su retrato, a esa minúscula fotografía tan caduca como el periódico y que no hace, en modo alguno, justicia a lo que fue.

Todo empezó un domingo por la tarde. El viernes anterior había aparecido en la prensa la noticia de aquel espantoso crimen: una muchacha había sido encontrada muerta en un callejón que daba al Parque de los Enamorados, desnuda y desfigurada, entre sus manos sostenía una rosa blanca, arrugada y manchada de sangre. Todo el mundo hablaba del caso y muchas mujeres no se atrevían a salir de sus casas ni a dejar jugar a sus niños en las calles. Menos aún a visitar el parque donde se perpetró el horrible crimen. No era ese mi caso. En aquella época yo era institutriz, concepto por el que no pretendo entender otra cosa que el de niñera con cierta cultura, y aquella era mi tarde libre. Libre y en primavera, seguí mi costumbre de pasear por el parque y sentarme a leer en un banco, respirando la fragancia de la naturaleza domesticada y en pleno renacer. El parque estaba desierto, apenas alguna pareja se dejaba ver paseando alegremente, insensible al temor popular. Había, eso sí, varios guardias haciendo su ronda, vigilando los alrededores, creo yo que más por tranquilizar los ánimos que por tener esperanzas de capturar al ignominioso criminal. Así pues, todo era silencioso y sólo se oía a los eternos habitantes del parque, los pájaros. Y había un visitante más en el lugar: él.

Recuerdo que yo leía una novela romántica, creo que era el "Guillermo Meister" de Goethe. No lo vi llegar, aunque su sombra debió de dibujarse ante mí ocultando al esquivo sol primaveral. Yo estaba ensimismada en mi lectura, como me suele ocurrir tan a menudo. Entonces llegó a mis oídos su clara voz de barítono sacándome de mis ensoñaciones literarias:

-¡Caramba! Buenos días, señorita. ¿No le da miedo venir sola a este lugar después de la atrocidad que se ha perpetrado?

Alcé la vista de mi libro y lo vi ante mí, alzándose el sombrero e inclinándose ligeramente. Quizá no era un hombre deslumbrante, pero tan sólo por la forma de hablar intuí en él una gracia especial.

-Buenos días -le respondí con una sonrisa-. No creo que el asesino vuelva tan pronto a la escena del crimen.

-Una joven tan bonita como usted debería de tener más cuidado de su propia seguridad.

-Puedo estar tranquila si tanto la fuerza pública como los viandantes se preocupan por mí -dije en respuesta a su galantería-. Por favor, si no le molesta apartarse; me está quitando la luz.

-Disculpe -dijo y se sentó a mi lado.

Yo no pretendía espantarlo, si bien quise dejar claro desde el comienzo que era una chica lo bastante formal como para no lanzarme a charlar alegremente con cualquier desconocido. Él lo interpretó así y no se ofendió por mi aparente brusquedad. Se sentó a mi lado y se dedicó a mirarme disimuladamente, aparentando una serena confianza en sí mismo. Naturalmente, sé que era esto lo que hacía porque yo, por mi parte, también lo espí a él recatadamente. Así pude comprobar que era delgado pero de porte galano, vestía traje gris y había dejado el sombrero sobre el banco. Sus ojos eran de un color pardo verdoso, sinceros y que expresaban lucidez. Su pelo, de color igualmente castaño, estaba ordenadamente peinado, cortado a navaja, y su rostro, levemente alargado, estaba pulcramente afeitado salvo bajo su nariz, larga y fina, donde se aposentaba un discreto bigote, delgado y corto. Sus manos jugueteaban con el sombrero y en sus labios, ligeramente carnosos, se dibujaba una falsa sonrisa de autosuficiencia. Yo, por supuesto, simulaba ignorarlo y leer atentamente.

-¡Ah! -suspiró-. Creo que merezco mayor consideración -añadió en voz alta con un tono burlón que pretendía atraer mi atención.

-¡Vaya, todavía está aquí! -dije yo alzando la cabeza del libro y simulando sorpresa.

-¿No le parece que por el simple hecho de estar cuidando de su seguridad merezco más atención?

-Gracias, pero no creo haber solicitado sus cuidados -le repliqué en un tono fingidamente seco-. Ahora, le ruego que no me moleste más o tendré que llamar a la fuerza pública.

No pretendía ofenderlo ni desanimarlo, pero esas eran las maneras de aquellos tiempos en que una muchacha debía disimular sus deseos o inclinaciones bajo el fingido atuendo de la virtud. Estoy seguro de que una respuesta más abierta por mi parte lo hubiera desanimado, mis reticencias, sin embargo, debieron de alentarlo.

-No es necesaria tanta violencia -dijo humildemente-. Lamento haberla ofendido y en compensación por ello estoy dispuesto a invitarla a lo que más le guste.

-Parece que es usted infatigable -le dije con voz más dulce, dejando traslucir que su propuesta me agradaba-. Está bien. Si de otro modo no voy a poder librarme de usted, acepto. Pero, naturalmente, me gustaría concluir este capítulo, si no le molesta.

Él sonrió y aceptó como un perfecto caballero, lo cual me dio pie a proseguir mi lectura por más de media hora, durante la cual me divertí un buen rato a su costa y le mantuve aburrido sin avanzar una sola página del volumen. Cuando por fin me vio cerrar el libro, ahogó un suspiro de alivio y me dijo con una sonrisa:

-Bien, pues si ya ha terminado, lo prometido es deuda. ¿Dónde le apetece que vayamos?

A mi encogimiento de hombros él respondió alzando las cejas y dedicándome su hermosa sonrisa. A continuación decidió que el mejor lugar para ir era un café situado al borde del parque, justamente al extremo opuesto de donde nos hallábamos. Por supuesto, yo sabía que había otros establecimientos más próximos pero me dejé llevar. Quizá era cierto que aquel café le parecía especial por alguna razón, pero me inclino a pensar que aquel obligado paseo de un extremo a otro del parque era simplemente una excusa para charlar.

-¿A qué se dedica, si no es indiscreción? -me preguntó con el sano propósito de iniciar una conversación.

-Sí es indiscreción -le repliqué-. Pero si tanto le interesa, le diré que soy institutriz.

-Algo así había supuesto. No había más que verla con su mamotreto entre las manos. Por cierto, ¿es tan interesante como parecía? -me preguntó con un punto de picardía en su voz-. ¡No le quitaba usted ojo de encima!

-Sí que lo es -respondí mirando al suelo, un poco avergonzada por mi comportamiento anterior.

-"Años de aprendizaje de Guillermo Meister" -leyó en voz alta mirando el lomo del libro-. A mí me pareció un perfecto bodrio.

Dijo las últimas palabras con un deje de desinterés, pero evidentemente pretendía sorprenderme con esa revelación de sus aficiones literarias. Claro que yo me limité a responderle con una mirada despreciativa con la que le demostré el mal gusto de su comentario y la poca estima en que tenía su opinión.

-Dudaría de su buen gusto si no hubiera comprobado ya en otras ocasiones que aquel no existe en usted sino que es pura ficción como la del libro.

-Preferiría que sonriese, le favorece más -me replicó en un tono tan dulce que me dejó desarmada, y él se dio cuenta-. No quiero discutir con usted, pero lamento sinceramente que considere de mal gusto en un hombre el sentirse atraído por usted.

Le miré de arriba abajo pretendiendo que juzgaba una grosería lo que acababa de decir.

-¿No le parece que va demasiado rápido? -le dije en tono cortante- ¿Acaso no era usted el que velaba por mi seguridad?

-Un pipopo no es un atentado, pero si se lo va a tomar así puedo decirle que es una bruja, aunque sea mentira. Así que institutriz -añadió en un tono simuladamente seco-. ¿Y es esta la educación que les brinda a sus pupilos?

En ese momento estaba consiguiendo irritarme de veras. Me lo quedé mirando entre sorprendida y agraviada. Pero él, de improviso, esbozó una nueva sonrisa con la que daba a entender que todo había sido una broma.

-Tiene razón, voy demasiado aprisa -añadió-. Pero es sumamente divertido exasperarla.

Esta vez no pude enfadarme por su último comentario, que fue inmediatamente seguido por una risotada y por un alzar de brazos simulando protegerse de mi posible ira. Yo, sin quererlo, me puse a sonreír como una boba. No podía negarlo, aunque no iba a admitirlo y menos ante él, me sentía atraída por aquel hombre.

En nuestro animado paseo habíamos llegado al borde del parque. Frente a la plazoleta de la estatua del Amor se encontraba la terraza del café buscado, cuyo nombre, yo lo sabía de antemano, era "Café del Amor". Era una insinuación, pero cualquier café próximo al

parque habría contenido idéntico mensaje. Había un "Café de los enamorados" y otro de la pasión.

-¿Nos sentamos? -dijo ofreciéndome una silla.

-Después de las cosas que ha dicho debería marcharme -le respondí sentándome ante la mesa.

-Pero no lo ha hecho -añadió tomando asiento a la par que me dirigía una descarada mirada con sus ojos verdosos.

El servicio fue rápido pero no especialmente amable, aunque éramos los dos únicos clientes que había. En ese momento pensé que el crimen había convertido aquellos días en un mal negocio para el café.

-De modo que sus niños no son unos monstruos... -dijo ante su capuchino invitándome a reanudar la conversación.

-Por supuesto que no. No se parecen en absoluto a usted. ¿Cómo ha sabido que es más de uno?

-No tenía la menor idea. Será que da el aspecto de ser muy trabajadora o de estar muy cansada. ¿Viene a menudo al parque?-añadió cambiando de tema.

-Sí, incluidos los días de asesinato y aquellos en los que los degenerados salen a molestar a las chicas honestas -respondí sin ocultar una media sonrisa.

-Tocado -replicó llevándose el dedo índice al corazón-. Y usted, ¿no siente ninguna curiosidad por mí?

-En absoluto -negué añadiendo a mis palabras un gesto con la cabeza-. Pero, si es ese su gusto, puede contarme lo que quiera, incluyendo alguna historia fantástica sobre sí mismo.

Por descontado, yo me moría de ganas por saber de él, por conocer su nombre, su ocupación, pero no le iba a dar el gusto de preguntarle directamente demostrando mi interés por su persona, que era lo que él esperaba desde el momento en que había preguntado por mi profesión.

-¡Qué desconfianza, Dios mío! -clamó alzando las manos al aire-. Jamás vi a una mujer tan dura de pelar. Señorita, sepa que me llamo Leopoldo Martín, soy aprendiz de ingeniero y no acostumbro a perseguir escobas con faldas todos los días. Para mi desgracia es usted la excepción que figurará como una mancha imperecedera en mi buen nombre. Y para que vea lo íntegro que soy he decidido

ofenderme -y al decir esto dio la vuelta a su silla y se tapó los ojos con el antebrazo en un gesto de tragedia teatral.

-Por favor, deje de hacer el imbécil -le dije medio riéndome.

-Bueno, al menos como bufón parece que tengo algún futuro.

Con estas chanzas nos terminamos los cafés y, aunque él insistió en que tomáramos otra taza, yo me negué aduciendo que debía volver a casa, lo cual habría sido cierto tres horas más tarde, pero no en ese momento. Él, por supuesto, se ofreció a acompañarme y yo le dejé hacerlo a condición de que nos despidiéramos al salir del parque.

-Será la primera cosa provechosa que haga usted en toda la tarde -aseveré en tono reprobatorio.

La verdad es que agradecí su compañía a través de aquellos senderos y no sólo porque me resultara simpático, sino porque empezaba a caer la tarde y las sombras hacían acto de presencia envolviéndolo todo con un aura de oscura malignidad.

Por el camino, el parlanchín Leopoldo fue perdiendo paulatinamente la voz a medida que nos acercábamos al final del recorrido. Al principio continuó gastando bromas y me habló superficialmente sobre sí mismo, sobre sus sueños, su familia, su pequeño pueblo tan lejos en el recuerdo y la distancia. Reconozco que yo estuve parca en palabras y tal vez contribuí a sus silencios. Él parecía cada vez más nervioso, aunque intentaba ocultarlo, y yo no le facilité las cosas para que diera el paso que, estaba segura de ello, pretendía dar.

-¿Nos veremos otro día? -me dijo por fin cuando ya casi íbamos a despedirnos, junto al alto seto recortado que formaba un pequeño laberinto, al que llamaban de la indecisión.

-No lo sé -respondí yo dubitativa-. Es posible que nos veamos si viene a menudo por el parque.

-¿Mañana a la misma hora? -murmuró esperanzado.

-Por favor, no insista. Tengo que trabajar. Sólo le digo que es posible que nos veamos en otra ocasión -no quería mostrarme rendida tan pronto pero a la vez deseaba aceptar.

-¿El próximo domingo entonces? -dijo elevando la voz.

-Le digo que ya veré -repliqué en voz también alta y aproveché la llegada de un guardia para añadir:

-Por favor, no insista.

El guardia se lo quedó mirando con desconfianza y al pobre Leopoldo se le vio sonrojado aun a la pálida luz de la farola.

-Bueno -dijo en voz baja-, pues adiós entonces. Por favor, venga usted el domingo -repitió un poco desesperanzado.

-No le aseguro nada. Ya veremos.

Leopoldo empezó a alejarse un poco triste y cabizbajo, sin la arrogancia con que me había abordado al comenzar la tarde. Dio cuatro pasos y se volvió para mirar atrás, con unos ojos lánguidos que me obligaron a sonreírle. Dio dos pasos más y, repentinamente, se volvió como espantado:

-A todo esto. No me ha dicho cómo se llama.

-Natalia -contesté simplemente.

-Adiós Natalia -añadió y se alejó acelerando el paso.

El guardia dejó de prestarle atención y yo empecé a alejarme del parque con paso alegre. Divertida por el encuentro, emocionada, lo reconozco, y un poco confundida. Pero alegre. Tenía la seguridad de que volvería a ver a Leopoldo el domingo siguiente.

Cuando llegué a la casa, casi de noche, me dirigí directamente a mi cuarto. Me encontré con el señor en un pasillo y ambos nos saludamos.

-Parece que viene contenta hoy, Natalia. ¿Ha estado con el novio? -me preguntó haciendo un guiño picaruelo.

-¡Oy, no señor! Ya sabe usted que no tengo novio -le contesté y me sorprendí yo misma al notar que me ruborizaba con mi respuesta.

Aquella noche intenté dibujar a Leopoldo en mi memoria, pero aparte de un esbozo de un señor con sus ropas, sus ojos y sus bigotes, fui incapaz de revivirlo en mi imaginación. Poco a poco el sueño se apoderó de mí y, por fin, caí en sus brazos sin haber logrado tranquilizarme del todo después del inesperado encuentro vespertino.

A la mañana siguiente me desperté, cómo no, extrañamente alegre. Lo cual es especialmente sorprendente considerando el mal humor que para mí conlleva siempre el fin del sueño. Incluso los chicos se dieron cuenta de ello y consiguieron que las tareas de aquel día fueran más ligeras. Llegué a pensar en utilizar mi hora libre tras la

comida para visitar el parque y encontrarme con Leopoldo, pero decidí que era mejor no precipitarse. Según avanzaba la tarde me fui serenando y al llegar la noche reconocí nuevamente en mí a la Natalia apacible con la que acostumbraba convivir.

La emoción fue diluyéndose poco a poco, si bien seguía impaciente por la llegada del domingo. La semana transcurrió sin más hechos importantes, tranquila como todas, salvo por la inquietud que había creado en el vecindario el crimen del parque, que hacía que los ánimos estuvieran un tanto soliviantados. Los rumores acerca de lo espantoso del homicidio, las pesquisas de la policía y la identidad del malhechor o malhechores ocupaban buena parte de las sobremesas y conversaciones de escalera. Tan pronto se decía que el criminal, según se sospechaba, era un indigente como se trataba de un grupo de varios de ellos. Más tarde se habló de un joven de buena familia como el autor de la fechoría, pero sin mencionar prueba que lo apoyase. En resumen, el miedo y la curiosidad hacían que la imaginación de las personas se disparase y construyera castillos allí donde no había información alguna, al menos en la calle, pues quien más quien menos confiaba aún en las pesquisas de la policía.

Llegó el sábado y dio la casualidad de que mis señores decidieron visitar a sus padres aquella tarde y prefirieron no llevarme con ellos, con lo cual me dieron la tarde libre. Aunque intenté resistirme, finalmente cedí a la tentación y me encaminé hasta el Parque de los Enamorados, esperando, inconfesadamente, encontrarme allí con Leopoldo. Aquel día el Sol permanecía más recatado, oculto por algunas nubes grises que amenazaban lluvia. No obstante, el parque, tras el espantoso suceso, había vuelto a la vida y docenas de parejas, solitarios, ayas y niños se paseaban por las callejas.

Yo dirigí mis pasos hacia el banco donde nos habíamos encontrado el día anterior y me senté allí, dispuesta a leer lo que me quedaba aún de novela, pero deseosa de que en cualquier momento Leopoldo hiciera acto de presencia. Sin embargo, para desilusión mía, no fue así. Al cabo de casi una hora se sentó al otro extremo del banco una pareja de enamorados que empezó a hacerse carantoñas. Como la luz ya no era demasiada ni me apetecía servirles de espectadora, me levanté y paseé largamente por el parque hasta que, con la llegada de

la oscuridad, las parejas fueron desapareciendo y decidí que era llegada la hora de regresar a casa.

No puedo negarlo, estaba un poco melancólica tras mi desafortunada tentativa de encuentro. Debía de notárseme en el rostro, pues los señores lamentaron mi aspecto triste cuando regresaron con los niños. En todo caso, pensé, era ridículo afligirme. En primer lugar, apenas conocía a ese hombre de nada. En segundo, él había asegurado que me esperaba el domingo, no el sábado. Así pues, tan sólo tenía que esperar un día más para ver mis esperanzas realizadas.

Mentiría si dijera que la noche del sábado al domingo transcurrió tranquila para mí. Por increíble que pueda parecer, me encontraba yo bastante desasosegada debido a aquel hombre con el que apenas había hablado. Más aún después de mi infructuosa excursión de aquella tarde.

A la mañana siguiente me levanté temprano, más de lo acostumbrado en día festivo. Era mi día libre pero acompañé a los niños a la iglesia, como de costumbre. Después me pidieron que los llevara a jugar al parque, pero yo no quise. No porque fuera domingo y mi día libre, sino porque no deseaba ir allí más que por la tarde, cuando esperaba encontrarme con Leopoldo. Como no quería desilusionar a los niños, acepté llevarlos, en lugar de al parque, a ver unos guiñoles que, al cabo, los dejaron completamente satisfechos. A mí, sin embargo, la función se me hizo eterna. Durante toda la mañana las horas avanzaban con suprema parsimonia. No hay duda de que cuando se tiene una ilusión o una preocupación todo lo demás parece monótono, lento y aburrido. Eso era lo que me sucedía a mí.

Pero, como todo llega, llegó la hora de comer y después, tras reposar un rato sentada en mi cuarto, decidí repetir mi visita al parque. Cuando iba a salir de casa, llegué a pensar en no presentarme. Estaba nerviosa y se me ocurrió que, tal vez, me precipitaba acudiendo tan presurosa a una cita que casi me había sido suplicada. Quizá, pensé, debería remolonear por la casa y hacer esperar un rato al señor Leopoldo. Finalmente, notando que se me aceleraba el pulso y avergonzándome por mi sensiblería, decidí acudir al parque. No

deseaba parecer demasiado deseosa de verlo, pero no podía permanecer esperando por más tiempo.

Lo que no sabía es que la espera iba a ser tan enervante en el parque como en casa. Era, sin duda, demasiado pronto. Llegué al lugar donde nos habíamos encontrado y me senté en el banco con mi libro, incapaz de centrar mi atención en la lectura. La idea de que en cualquier momento podría aparecer Leopoldo por la avenida me atraía y repelía a un tiempo. Me decía que mi comportamiento era infantil e irrazonable, pero no podía evitar que un extraño escalofrío me corriera toda la espina dorsal cada vez que la figura de algún caballero se recortaba en la lejanía.

Poco a poco, la tarde fue avanzando y comencé a temer que Leopoldo no aparecería. Incluso me recriminé amargamente haberle dado tan pocas esperanzas de acudir a la cita durante nuestro encuentro del día anterior. Tal vez, me dije, aquel caballero no sentía por mí tanto interés como el que había simulado o, quizás, no estaba dispuesto a perseguirme para limosnear un poco de simpatía. Me consolé pensando que aún era tiempo, que tal vez algún accidente u ocupación lo habían entretenido. Pero los minutos continuaron desgajándose lentamente, goteando cruelmente sin que Leopoldo hiciera acto de presencia.

-¿Le sucede algo, señorita? -oí a mi lado.

Era un guardia del parque que, sin duda, se había fijado en mi rostro triste y mi gesto de ansiedad no disimulada.

-No agente, gracias -dije en un suspiro lastimero-. Tan sólo es que esperaba a alguien.

El guardia cabeceó comprensivamente y repitió mi suspiro en un tono más grave para luego alejarse por el paseo silbando suavemente.

La oscuridad, aquella enemiga implacable que ya me venció el día anterior, empezaba a hacer acto de presencia. Las sombras se dejaban caer poco a poco sobre cada rincón del parque y mis esperanzas se me figuraron, de repente, vanas y sin sentido. No, Leopoldo no iba a venir. No había nada que hacer por allí. Me levanté del banco y observé aprensivamente a mi alrededor la penumbra cada vez más densa que me rodeaba. Por un instante vino a mi imaginación la

estampa figurada del asesino de la rosa y me alejé ligera de aquel lugar, en dirección a casa.

Por el camino, no conseguí ahogar unos sollozos que me hicieron sentir completamente estúpida. Llegué a casa y me dirigí a mi cuarto con un pañuelo tapándome la boca.

-Pobre Natalia -oí que decía el señor a su esposa-. Hoy ha discutido con su novio -añadió en tono jovial y la señora le rió la gracia.

Aquella fue la primera y única vez que odié de veras a los señores. Pero no tanto como a mí misma. Me sentía tristísima, ultrajada, impotente y, ante todo, increíblemente necia. Un tipo al que apenas conocía y que, por añadidura, tampoco era atractivo, merecía mi ignorancia y no mi llanto. Claro que seguí llorando. Quizá porque me apetecía llorar o, más seguramente, porque necesitaba desahogarme. Creo que nunca he sido demasiado cerebral, y menos cuando era joven.

Aquella noche apenas si dormí, pero con la mañana llegó una nueva luz. Decidí no pensar más en aquel hombre y casi lo conseguí. Es cierto que durante toda la semana apenas pasó por mi mente. Estaba demasiado ocupada con los niños como para pensar en otra cosa. Eso era, al menos, lo que me decía, pero no dejaba de suponer un esfuerzo de voluntad alejar a Leopoldo de mi cabeza.

Aquella semana la situación del vecindario tendió a normalizarse. Las precauciones tomadas de cara a un posible regreso del temido asesino se dulcificaron. Los niños volvían a jugar en la calle y las puertas volvían a abrirse. Pero los chismorreos continuaban. Ni siquiera yo era ajena a ellos e incluso buscaba las conversaciones insustanciales que me ayudaban a no pensar. Se decía durante aquellos días que el asesino era, efectivamente, un joven de buena familia, enfermo y maníaco. Pero a la gente no parecía preocuparle ya lo que pudiera hacer.

El viernes los niños se empeñaron de nuevo en que los llevara al Parque de los Enamorados a jugar y no pude oponerme. Allí sentí que la tristeza renacía de nuevo en mí. Quizá por ello, el domingo volví a realizar mi ronda por el parque, fiel a mi costumbre pero esperando, inconfesadamente, que el milagro de Leopoldo volviera a hacerse presente a mis ojos. No fue así y mi estado de ánimo se hizo más decaído aún si cabe, aunque yo me empeñé en simular entereza y nadie,

creo, se dio cuenta de ello. Decidí, más con la cabeza que con la voluntad o el corazón, olvidarme definitivamente de aquel hombre.

De este modo retorné a la rutina anterior. Mi trabajo, mis lecturas eran mi distracción. Pero de mi rutina desaparecieron las rondas por el parque los domingos. Aunque había enterrado el recuerdo de Leopoldo, no me sentía capaz de volver al lugar donde nacieron y murieron mis ilusiones. Con el tiempo, me decía, retornaría a mis paseos.

Pasó el tiempo, más de un mes según creo, y mi vida había vuelto a la normalidad. Una mañana, una clara mañana primaveral, salí con los niños a pasear y vi en un puesto el impresionante titular de todos los periódicos: "*Capturado el asesino de la rosa*". Por fin aquel malvado había sido apresado. Curiosamente, lo primero que vino a mi mente cuando vi aquellas palabras fue la imagen de Leopoldo. Cedí a un impulso y compré un diario.

-¿Para qué quieres un periódico? -me preguntó Germán, el más pequeño de los niños.

-Calla. ¿No te has enterado de que han cogido al asesino? -le repliqué dulcemente.

El niño se quedó tranquilo pero tenía razón. ¿Para qué quería yo el periódico cuando nunca lo compraba? Tal vez por el titular, tal vez porque era una noticia que me resultaba próxima, referente al único homicidio que recordaba en el vecindario. O tal vez por ninguna razón en particular. Pero el hecho es que había comprado el diario y llevé a los niños hasta la plaza para sentarme en un banco y leerlo mientras ellos jugaban.

Bajo el titular, aparecía un retrato irreconocible del asesino. A continuación, se describía en un par de breves párrafos cómo se había producido la captura y, sin haber desvelado los detalles más importantes del caso, una nota al pie enviaba a las páginas interiores con la sugerencia implícita de que allá encontraría el lector el meollo de la cuestión. Así pues, abrí el diario por las páginas centrales y continué leyendo la historia. De nuevo se describían las pesquisas policiales que habían conducido hasta el agresor. Algunos testigos y vecinos del parque aportaban informaciones sin importancia que servían para engrosar el artículo. Después, se describía sucintamente

al asesino como un joven de buena posición, en apariencia un demente, al que se describía con todos los rasgos típicamente supuestos en el criminal: mirada ausente, frente huidiza, tez cetrina y rostro delgado con mejillas hundidas, todo ello adornado por un bigote y una barba que, tras el crimen, procedió a afeitarse. Pero este rasurado de última hora no le había servido para escapar de la justicia. La policía siguió la pista de la víctima contactando con todos aquellos que la conocían y los que la habían visto en sus últimas horas, para llegar a la conclusión de que aquel joven aparentemente inocente la había acompañado hasta el parque y allí cometió su salvaje acto. Acto que, afortunadamente, no había quedado impune, gracias a la labor de la fuerza pública.

Aquel artículo no satisfacía mi curiosidad. Aquellas primeras páginas me desanimaron de proseguir la lectura. Era demasiado simple, deteniéndose en lo obvio y en lo morboso. Ni siquiera se mencionaba el nombre del criminal, tal vez para proteger a su importante familia del escándalo, o quizá simplemente yo no lo había visto.

Levanté la vista del periódico y comprobé que los niños no se habían alejado del lugar. Cansada de la lectura, doblé el diario por la mitad sin haber terminado de leerlo. No lo había cerrado y quedó plegado por las páginas interiores en lugar de la portada. Este hecho, que podría parecer sin importancia, sirvió para que, ayudada por la casualidad, mi vista se fijara en unas líneas cerca del pie de página. ¿Por qué me hube de fijar en ellas cuando aquel artículo me había aburrido tanto como para cerrar el periódico? No lo sé. Pero el hecho fue que leí aquellas líneas, aquel nombre y el corazón comenzó a latirme apresuradamente presa de una inquietud insospechada. Aquellas palabras sugerían un sólo nombre en mi cabeza: ¡Leopoldo!

Me parecía increíble, pero allí estaba aquella nota. Era uno de esos pequeños anuncios por palabras que se insertaban, como aún sucede hoy en día, en los márgenes de las noticias. Con letra menuda tres líneas resumían toda mi agitación. El anuncio decía:

"Señorita Natalia. Una grave enfermedad me impidió acudir a nuestra cita. Siempre piensa en usted, siempre la espera:

Su amante del parque."

Había querido la casualidad que aquel periódico, el que ahora me he encontrado amarillo y rancio, con sus noticias morbosas, me

devolviera el recuerdo y la presencia de aquel al que casi había olvidado. Esas tres líneas significaron para mí mucho más de lo que ahora puedo decir con palabras. Aquella misma tarde, más nerviosa que nunca, me encaminé hacia el Parque de los Enamorados. Al llegar al banco donde nos conocimos vi que él estaba sentado, esperando desde quién sabía cuánto tiempo. Estaba leyendo y no se dio cuenta de que me acercaba.

-¿Le importaría a usted proteger a una dama que pasea sola por este parque donde se producen sucesos tan terribles? -le pregunté desde su espalda.

-¡Natalia! -dijo inmediatamente, alzando la vista de su libro.

Nuestros rostros se iluminaron sin que pudiéramos disimular la alegría que nos embargaba. Pasamos juntos aquella tarde y muchas otras luego. Ni qué decir tiene lo que sucedió después. Nos enamoramos, nos casamos y fuimos todo lo felices que se puede esperar ser cuando dos personas se quieren. Hasta que los años y una nueva enfermedad lograron separarlo de mí definitivamente. Pero no me quejo, porque queda el recuerdo. Y una es tan estúpida que se pone a llorar como una Magdalena cuando encuentra un simple periódico viejo que lleva escritas muchas más historias de las que aparenta.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Sueños de plástico
apodos de lo clásico

Nunca han dejado de ser lo que ahora son pero jamás han sido reales ni tuyos, sólo son sueños de plástico, imágenes en las que pensar, refugios en los que esconderse, bálsamos que alivian el dolor de soñar despierto

sueños de plástico
falsas creaciones de un mundo sarcástico

Un caballo corre veloz por una pradera, a lo lejos una dama que espera. Por fin llegó a su destino, ya no hay dama, ya no existe pradera

Lloras por un falso caballo sin dueño sin saber que tan sólo era un sueño

sueños de plástico

la magia, lo mágico

Un rayo rasga el cielo de la desesperación, por fin has saltado, ya no vives ahora sueñas. Cotidiano tránsito, pero qué difícil es despertar y más sabiendo lo fácil que resulta volver a saltar

Juan Carlos Jiménez Moreno

he salido esta mañana y no he visto a nadie
he intentado escuchar alguna voz humana y no lo he conseguido

he intentado deslumbrarme con un corazón desprovisto de la ponzoña interesada del egoísmo pero ni siquiera vi la tibia luz de la esperanza

he corrido

he buscado

he fallado...y al fin he imaginado

he imaginado un amigo con el que soñaba que hablaba

he imaginado conversaciones increíbles para la vigilia e irremediables para el sueño

he imaginado un mundo donde no es importante aquello que es ajeno al hombre

yo imagino ¿y tú que haces?

la diferencia entre un sueño y la realidad es la cantidad de hombres que sueñan. Si soñásemos todos este mundo cambiaría, si sólo lo hace uno los demás pensarán que jamás van a poder dormir.....

Juan Carlos Jiménez Moreno

LA BÚSQUEDA

Pobre caballero, el destino le hizo una mala pasada.

Pobre caballero, anacronismo en este mundo de incomprensión, incapaz de ayudar si con ello no se ayuda a sí mismo.

La gente se ríe de sus ideales, lealtad, pobre payaso sólo se debe ser leal a sí mismo; amistad, bueno si se consigue algo; bondad, ¿qué es eso?; verdad, si no es perjudicial decirla.

Pobre caballero, él sabe que este no es su mundo, pero también sabe que no puede ser de otro. De qué extraña forma evolucionó el destino para crear dentro de él sentimientos desinteresados.

"No si no me quejo, siempre que pueda vendré al margen, pero dudo mucho que pueda hacerlo solo"

¿Qué buscas caballero amor, una mujer o que te den la razón?

"Busco una mujer que me ame y que si me da la razón sea porque me entienda"

Cuánto atrevimiento, pides las tres cosas.

"Pensé al principio que la búsqueda sería larga y a la par infructuosa, pero nada más lejos de la realidad. La mujer que yo busco está detrás de un manto de flores regadas por quienes sólo la querrán hasta que se marchiten, o detrás de una nube de indiferencia, de vapor pesimista o simplemente de vergüenza a mostrarse como realmente es. Yo también tengo algo del manto o de la nube sobre mí, pero lucho contra ellos con una podadora mezcla de amor y muerte y un sol de grandeza divina la grandeza del hombre. La búsqueda acabará cuando ELLA me pida prestada la podadora y el sol de la grandeza humana. Ella nunca me los devolverá, los compartiremos para siempre"

Pobre caballero, tan engreído eres como inocente, puesto que te crees virtuoso y el hombre tiene defectos, incluso un pobre caballero como vos.

"Tenéis mucha razón, soy orgulloso, como todo ser distinto que se protege ante lo llamado 'normal'. Pero también es verdad que no soy nada comparado con Dios y que rendiré por completo mi corazón ante ELLA. El objetivo de mi vida no es cambiar el mundo, aunque lucharía por ello si sirviera de algo, mi objetivo es evitar que el mundo me cubra de sin sentido y de superficialidad y evitar que a ELLA la cubra también"

Pobre caballero, es tan bonito lo que dices, pero tan difícil de conseguir.

"Verdad es cuanto dices, pero si aprecias su belleza ya has comprendido gran parte de ello"

Y tu, ¿por qué te hiciste caballero?

"Un día encontré a un hombre en el futuro, le vi morir pero también le vi dar sentido a lo único que él podía dar sentido, a su vida, a la muerte Dios le da sentido"

¿Y lo hacía solo?

"No, Dios le ayudaba"

Qué bonito

"Sí, a mí también me gustó"

¿Y quién era ese hombre?

"Ese hombre era yo..."

Juan Carlos Jiménez Moreno

EL GRAN RAZONADOR

Bienvenido a mi cuento, señor lector. Me dirijo a usted en calidad de narrador por primera y última vez en esta obra. La historia que me dispongo a contarle lo que pretende es hacerle pasar miedo... (?)...un miedo horrible, miedo a dejarse llevar por lógica aplastante o por razón suficiente sin tener en cuenta que...¡Bueno!, será mejor que a partir de ahora hable él en mi lugar.

Buenos días, le deseo y no sin un subliminal consejo que no es otro que la conveniencia de no leer semejante historia después de comer o de cenar. Me llamo Euclides Pomposo Simplón...(si no se ha deslizado una leve sonrisa en su cara se lo agradezco). Mi historia comienza cuando nací, pero puesto que hablo en primera persona y a fin de evitar toda suerte de berridos y llantos, empezaré en una etapa algo más locuaz de mi vida.

Corría el año 1964, aunque no tan deprisa como luego hubieron de correr los años, cuando estando yo sentado en mi pupitre oí hablar a un compañero acerca de por qué 3.5 manzanas y 3.5 manzanas daban 7 manzanas, cuando en realidad sumaban 6 y 2 mitades. Pensando sobre tal dilema me sorprendió la pregunta del señor profesor:

-A ver Pomposo, ¿pueden sumarse 3 peras y media y 4 manzanas y media?

Creyendo descubrir en la pregunta del profesor cierta persuasión a fin de que cayese en el error de que 3.5 y 3.5 son 7, respondí:

-Por supuesto, y pueden ser 8 manzanas u 8 peras según el gusto del comensal.

Se acercó a mí el profesor con gesto sonriente, al igual que mis compañeros, y yo creyendo ver en ello un gesto de aprobación me levanté, pero sólo estuve de pie el suficiente tiempo para recibir un capón y el mandato de demostrar el "milagro" al día siguiente con sendas manzanas y peras.

Este episodio de mi vida y el que se produjo al día siguiente destrozaron mis pretensiones tanto de ser matemático como de ser mago. Así que me hice agente de seguros.

Juan Carlos Jiménez Moreno

COLORES

¿De qué color es mi amor?

No del mismo que tu sexo.

Hay que juntar los colores,

Mas sin ponerlos revueltos.

Es blanco como la luz,

Es verde como mis sueños,

Amarillo como el campo en verano,

Es azul como los cielos.

¿De qué color es mi amor?

No del mismo que tu sexo.

No es negro como el carbón,

No es oscuro como el miedo.

Mi amor es grande y hermoso,

Mi amor incluye a tu sexo.

Hay que juntar los colores,

Mas sin ponerlos revueltos.

¿De qué color es mi amor, dices?

No del mismo que tu sexo.

Juan Luis Monedero

ESQUINA

Mira algo aparece al doblar la esquina

no es un sol, es la luna y debajo un hombre

extiende su mano, agarra la mía, tira de ella me mira
se ríe y se evapora
Sigo en el mismo sitio, ningún cambio, doblo otra esquina
no es un sol, es la luna y debajo una mujer
mueve su boca, besa la mía, me abraza, me mira
se ríe, luego llora, luego lloro y ella, se va
Sigo sentado en este empedrado, maldigo mi dicha,
me siento cansado, doblo otra esquina
es el sol y al lado la luna y debajo Él
me mira, le miro y por fin me muevo
Voy paseando calle abajo, el sol me alumbra, la
luna me guía
Voy mirando al suelo tropiezo con algo, con alguien,
con ella, me mira, beso su boca y le hablo, ella me
habla, le cojo la mano, ella coge la mía y nos vamos
¿dónde? a doblar otra esquina

Juan Carlos Jiménez Moreno

LA VIDA RESUELTA

Toda la vida por delante. Miles de sueños y de deseos. Ansia de hacer cosas, de ver mundo, de no caer en la monotonía. Estaba dispuesto a arriesgar todos esos sueños a cambio de la aventura.

Pero, ¿dónde vas ahora?- le dicen-. Eres muy joven e inexperto. Debes educarte, estudiar, trabajar, conseguir una vida resuelta. Después ya podrás hacer lo que desees.

Resignación. Impuesta y autoimpuesta. Aceptada quizás por la falta de valor. Necesita la seguridad para no aventurarse al vacío. Algo donde agarrarse si los sueños fracasan.

Es joven. Estudia, trabaja, se enamora. Parece hacer felices a los que le rodean y él mismo no se siente infeliz. De vez en cuando el vértigo de la aventura tira de él e intenta arrastrarlo al precipicio.

-Eres joven -se dice-. Unos cuantos años de trabajo y sacrificio y podrás cumplir tus sueños.

La vida avanza y los sueños, lejos de borrarse, parecen hacerse más próximos. El trabajo y el sacrificio lo han llevado a una segura posición.

La familia, los amigos, el jefe, la novia, todos están satisfechos con su comportamiento. Un futuro esplendoroso le espera en el mundo que todos le han fabricado.

Todos dicen que se ha vuelto un hombre maduro, ahora que parece haber perdido sus ilusiones y su imaginación. ¡Tanta gente llama madurez a la resignación!

Pero ahora le invade un miedo mucho mayor que el que le producía el vacío de la aventura. Sentado en un despacho ve acercarse el dorado y podrido carro de la rutina. La juventud le parece perdida, un tercio de su exigua vida se ha marchado cumpliendo las esperanzas de los demás. Los sueños resurgen en él con más fuerza que nunca.

-Me voy de viaje -dice a todos-. He hecho lo que queríais. He aprendido todo lo inútil, he ganado dinero que nunca quise, he alcanzado todas las seguridades que me pedisteis. Y no me siento satisfecho. Ahora quiero ver mundo. Conocer gentes, conocerme a mí mismo. No sé cuándo volveré.

Y todos a una claman al cielo pidiendo que le vuelva el juicio. La familia llora su locura, la novia llora su futuro, el jefe llora sus negocios. Por fin el llanto se transforma en palabras de cordura, de lo que todos entienden por cordura, aunque en sus oídos suenan como una acusación:

-¿Dónde vas? -le dicen- ¿Dónde vas ahora, ahora que tienes la vida resuelta?

Y regresan la resignación, la rutina, la mediocridad. Y no se va de viaje. Se resigna a no vivir, a perder el tiempo como todos consideran más correcto. Un ascenso, una boda, la familia se congratula. Nunca más renacerán los sueños locos. Sólo el recuerdo de lo que podría haber sido. Se siente como muerto, y la gente dice que tiene el futuro asegurado. A hacer siempre lo mismo, a no hacer nunca nada de interés, a la inmovilidad de la muerte, la gente le llama tener la vida solucionada. ¿Quién puede desear ninguna otra cosa?

Pero, ¿acaso no hay nada más hermoso que tener que luchar con la vida cada día sin poderla resolver nunca? Lástima que haya tantos cobardes y tantos imbéciles.

Juan Luis Monedero Rodrigo

La libertad es algo que el destino emite y que nosotros solemos despreciar, pues nos da miedo.

La otra cara de la libertad es la soledad.

¿Quién pide pausa? Pausa de risa, dolor que sube de prisa. Silencios que vuelven a anunciar el sonoro gemir de nuestro corazón.

Mientras soles abrasan caminos, se tuercen y tercián nuestros destinos, pero bajo la luna voy campo a través y no sabes lo fría que es la noche.

La fuerza de un hombre no reside en su capacidad para cambiar su destino, sino en su valentía para afrontarlo.

Juan Carlos Jiménez Moreno

aquel lugar ignorado del que todo el mundo habla...eso es el futuro
el horizonte hacia el que vas y nunca alcanzas...eso es el futuro
la ignorancia del futuro resulta insoportable para un hombre que basa su vida en lo que ya tiene, pues lo único que puede hacer es perderlo.
Pero la ignorancia del futuro es apasionante para el aventurero y para los hombres que basan su vida en la creación y en las utopías.
Utopía...dicen que la utopía es algo imposible pero deseable, pero ¿qué es imposible que pase a nivel social? ¿es que la gente no puede cambiar de actitud o de mentalidad?

El futuro es cruel con aquellos que menosprecian su poder. Todo, absolutamente todo, puede cambiar, de nosotros depende que gire a un lado o a otro. **SÓLO ES SEGURA UNA COSA GIRARÁ. NI UN SÓLO SEGUNDO DE VUESTRA VIDA SE DESARROLLA DE IGUAL FORMA Y PENSÁIS QUE NO ES POSIBLE CAMBIAR EL MUNDO EN 50 años.....**

El útil Sísifo

Hoy, después de un ayer para recordar, para aprender, sólo me puedo imaginar el mañana. Esta es la historia tantas veces contada, tantas

veces leída, cada vez inolvidable, cada vez distinta de un chico que amó. Puedes pensar cuando duermes, puedes pensar cuando naces o cuando mueres, puedes pensar cuando amas. Preciosa y delicada sinrazón, pretexto absurdo para sentirse feliz, pues no hace feliz muchas veces, pero pocas veces te sentirás tan feliz como cuando sientas su cálido toque. ¡Dime por qué amas! para vivir ¡Dime por qué vives! para...Cuántas veces pensaste en ser Romeo y que ella fuera Julieta, cuántas veces viste y verás que sólo hay una Julieta para cada Romeo y que hasta que la encuentres recorrerás océanos de superficie lisa y transparente pero de fondo oscuro, montañas de mediocridad, árboles de caprichosos caramelos, puertas cerradas, puertas abiertas pero sin techo y eso si la encuentras. Es como jugar a la lotería si mantienes el número, tu personalidad, tendrás más posibilidades de que te toque que si cambias constantemente de número.

Juan Carlos Jiménez Moreno

La mirada en el horizonte, se ha perdido, sigue las estelas de aquellos que ya se han ido

Detrás la noche, delante la bruma

miro hacia atrás y las estrellas me recuerdan la luz de mi pasado

Tan cerca unas de otras, pero tan lejos en verdad y una tiniebla que las envuelve, quién sabe si para convertir su existencia en olvido o tal vez en soledad

miro hacia delante y nubes en el cielo me presagian la realización de mis anhelos

Caballos con alas, castillos de algodón, duendes de cuentos de hadas, formas sin definición. Todo puede pasar ahí enfrente, pues desde aquí, desde el presente sólo una cosa puedo ver las nubes y la muerte

Juan Carlos Jiménez Moreno

Te hablo desde la individualidad que es como solo un hombre puede hablar sin repetir lo que ellos quieren que repitamos. Tu pensamiento es tan original como tu propia muerte; no hay una moda para la muerte, no hay una forma acorde con la moral para

morir...entonces ¿que quieres? que el único acto no guiado por la publicidad y por el jefe del rebaño sea tu muerte. Acostúmbrate a pensar por ti mismo y la muerte no te dará tanto miedo, puesto que lo que de verdad te asusta es el vacío y este no existirá en tu vida cuando tu lleves las riendas.

El lobo con piel de cordero

EL PIANO

A nadie le cabía duda de que era un verdadero virtuoso, un artista, un genio de la ejecución. Para muchos era el mejor intérprete del mundo. Para algunos de sus incondicionales no sólo eso sino, posiblemente, el mejor pianista de toda la historia. Esta última opinión, defendida por sus más exaltados admiradores, no era fácil de sostener pues, aparte de que en la interpretación entran en juego los gustos de cada cual, ¿quién podía decir cómo tocaban los pianistas de otras épocas que nunca fueron grabados para la posteridad?

Era Nicolai Alexandrievich Proshkin uno de los más afamados concertistas rusos de los últimos tiempos. Su técnica era increíblemente depurada, su habilidad incuestionable, la perfección con que interpretaba cada pieza fuera de toda duda. Sus más fervientes admiradores decían de él que ninguna máquina podía ser más precisa, sus detractores, aunque no demasiados quizá debido a que su carácter reservado lo mantenía al margen de polémicas, utilizaban el mismo argumento en su contra: más que un artista era una máquina de interpretar. Ambos tenían razón: era un intérprete exquisito pero no apasionado.

Las más conocidas salas de conciertos, las óperas más famosas, intentaban contar con Proshkin para el momento culminante de la temporada. Sus actuaciones se cotizaban a precio de oro. Proshkin era afortunado: era un artista con dinero, un concertista de éxito que ganaba más de lo que podía gastar. Por eso mismo sorprendió todavía más la inesperada decisión del pianista.

En la entrevista que concedió después de actuar en el Albert's Hall de Londres anunció su intención de abandonar su carrera de concertista clásico. Aquello fue una auténtica bomba. El hecho de que

uno de los dos o tres mejores concertistas del momento, a juicio de la mayoría de los críticos, decidiera abandonar aquel bello mundo en el mejor momento de su carrera, apenas terminada la flor de su juventud, era algo que nunca había sucedido. ¡Qué enamorado de la música clásica había abandonado jamás su pasión! Los instrumentistas, los cantantes que perdían facultades se convertían en directores o maestros para seguir ligados a su pasión. Parecía imposible que todo un Proshkin abandonara aquel mundo y se escudase en la idea de que estaba cansado de tocar aquella música y quería dedicarse a otras cosas. Evidentemente, nadie comprendió a Proshkin. En los círculos más selectos nunca dejó de hablarse acerca de su retorno, tomando aquel lapsus en su carrera como la típica locura de todo artista que se precie.

Se equivocaban. Proshkin jamás volvió a interpretar aquellas piezas que lo hicieron famoso. Proshkin tenía sus razones aunque nadie pareció entenderlas. Proshkin era un músico vocacional, enamorado de la música pero hastiado de su profesión. Lamentablemente para él y su bolsillo, Proshkin siempre se había contado entre sus propios detractores, desde el momento en que comenzó a dar conciertos.

Proshkin era músico, pero no quería ser una máquina de interpretar, y menos aún las piezas compuestas años atrás por otros compositores, geniales todos ellos pero que, desde su punto de vista, no merecían que los virtuosos del momento compartieran la gloria de su creación. A Proshkin le sublevaba especialmente el hecho de que todo el mundo alabase su perfección técnica. Saber tocar perfectamente un instrumento era para él un medio, no un fin en sí mismo.

El joven Proshkin había sido un muchacho lleno de sueños y ambiciones, como todos los jóvenes. Sus ambiciones no eran desmedidas. Nunca había pensado en convertirse en un intérprete de moda. Desde niño le había fascinado la música. Escuchaba emocionado discos, conciertos. Pronto se planteó seriamente su futuro como músico. Su madre, violinista aficionada, se había preocupado de que desde muy pequeño comenzara su formación musical. Quizá fue ella la responsable, en parte, de tan temprano enamoramiento. Pero fue él quien decidió tomárselo en serio, entrar al conservatorio y dedicarse de pleno al piano y al solfeo. Proshkin sentía que tenía muchas cosas que decir, musicalmente hablando. Necesitaba comunicarse, transmitir la música

que bullía en su cabeza. Esa fue la causa de que dedicara infinitas horas a la interpretación. Se convirtió en un virtuoso por la necesidad de comunicar su música, no por el deseo mismo de ser un perfecto intérprete de nadie. Su deseo era convertirse en el mejor intérprete de sí mismo. Necesitaba ser capaz de convertir en notas todo aquello que surgía en su cabeza, para desvirtuar su música lo menos posible.

Lamentablemente para Proshkin, su arte tuvo menos oportunidad de ser apreciado que su virtuosismo. Cuando terminó sus estudios no tuvo otro remedio que afrontar la cruda realidad: si quería hacerse un sitio en el mundo de la música y vivir de ella debía convertirse en concertista y dar al público lo que pedía. Proshkin no se hizo concertista por afición sino por oficio. Para él era casi un suplicio plantarse dos horas ante el piano, tocar piezas de Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin y todos los grandes para lograr la recompensa de un tremenda y sonora ovación a cambio del movimiento mecánico y programado de sus dedos sobre el teclado.

Muchas veces sentía deseos de fallar la nota adrede, tan sólo por romper la monotonía, quizá por el deseo inconfesado de fracasar. En plena interpretación sentía la inutilidad de su vida, de tantos años de aprendizaje y de su perfecta interpretación. Se sentía una perfecta máquina apreciada por su inevitable infalibilidad. Pero eso no era ser artista, no era el arte tal y como él lo entendía. Su único deseo era comunicarse y nunca lo había podido hacer a través de la música. Tantas veces le invadía el deseo de dejarlo todo. Sólo le retenía el miedo del fracaso. No el fracaso de su arte, eso le daba lo mismo, sino el fracaso económico y social. Aquello fue lo que le movió desde un inicio a aparcar a un lado sus grandes sueños e introducirse en el mundo de los conciertos donde se lo aceptaba y apreciaba, donde no le faltaban el éxito ni el dinero. Pero aquella vida no era la soñada por Proshkin. Si debía ser infeliz prefería serlo en el fracaso de sus sueños que en la apariencia de éxito que lo obligaba a ser falsamente feliz de cara a la galería.

Dos años después de su inesperada retirada todos los medios de comunicación, generales y especializados, se hicieron eco de una noticia que sugería la vuelta del Proshkin que todos recordaban. El genial pianista regresaba al mundo de los conciertos casi de puntillas. Proshkin

había programado una serie de conciertos en una pequeña pero conocida sala de San Petersburgo donde iba a interpretar piezas propias. Era algo que todo el mundo podía entender. Después de años interpretando piezas de otros músicos Proshkin quería realizar su propia aportación a la música. Los aficionados y críticos sentían curiosidad por saber si Proshkin tenía algo propio e interesante que decir o, simplemente, aprovechaba su éxito para hacer unos pinitos creativos. Es extraño, muchas veces la gente se acostumbra a ver una sola cara de las personas y desconfía de cualquier otra que se le muestre. Eso le ocurría a Proshkin. Sus anunciados conciertos habían levantado cierta expectación, pero muchos de sus seguidores no esperaban demasiado de su faceta creadora. Se habían acostumbrado a observarlo como un virtuoso y no como un compositor y les sonaba más raro oír hablar de Proshkin interpretando a Proshkin que de Proshkin interpretando a cualquier otro. La máquina de interpretar no parecía ser capaz de crear algo que tuviera personalidad propia.

De cualquier modo, el primer día que Proshkin interpretó sus piezas la sala estaba llena hasta arriba. Varios cientos de aficionados encopetados se habían acercado a escucharlo. Los caballeros vestían de riguroso frac, las damas lucían elegantes vestidos de noche. A la pequeña sala de San Petersburgo habían acudido algunos petersburgueses pero muchos más extranjeros. Europeos, americanos, algún exaltado admirador oriental. No faltaba ninguno de los críticos importantes. Nadie con un nombre propio en la música había querido perderse el retorno del gran pianista. Un bullicio expectante recorría la sala en los minutos previos al concierto. Los asistentes discutían y comentaban la carrera del pianista. De alguna manera había que calmar los nervios contenidos.

Tales eran las expectativas que se habían creado en torno al concierto que sorprendió a propios y extraños el aspecto y la actitud de Proshkin cuando hizo su entrada triunfal. Nicolai vestía camisa blanca, pantalones negros de corte y zapatos negros de charol. Ni corbata, ni chaqueta, ni pañuelo, ni gemelos. La sencillez del intérprete contrastaba notoriamente con el aspecto del selecto público. Indudablemente, Proshkin lo había hecho adrede. Tras su aspecto había un mensaje para

el público: no iban a ver al Proshkin al que tiempo atrás estaban acostumbrados.

Más sorprendente y herético era el aspecto del piano ante el que Proshkin se situó: era un piano de cola, pero un piano blanco, como el que acostumbraban a utilizar aquellos concertistas televisivos que interpretaban -¿habría que decir malinterpretaban?- las piezas populares más famosas. Nada más verlos, tanto a Proshkin como a su piano, ya hubo algunos críticos, aquellos más pendientes y respetuosos por la forma, que condenaron silenciosamente al nuevo Proshkin al ostracismo.

Proshkin no parecía alterado en modo alguno ante su retorno. Nunca había sido un intérprete pasional, su rostro antes de los conciertos siempre fue hierático e impassible. En esta ocasión, sin embargo, Proshkin sí parecía un ser humano. Sus ojos denotaban emoción, su serena sonrisa satisfacción y tranquilidad. No saludó al público. Se sentó ante el piano y comenzó a tocar. Los espectadores empezaron a mirarse los unos a los otros con cara de no comprender.

Aquella música no pertenecía a ninguna categoría o tipo conocidos. Era música, de ello no cabía duda, pero una música que nunca antes se había creado, interpretado ni escuchado. Los especialistas, los críticos, limitados por la costumbre, no se plantearon si aquellos sonidos en sucesión eran bellos o no. Intentaron decidir, como si pudieran ser objetivos al respecto, si la música era buena o mala. Pero les resultaba tan nueva y desconocida que, la falta de algo con lo que comparar, la falta de familiaridad, les impidió decidirse acerca de la calidad de lo que escuchaban.

Una cosa estaba clara: Proshkin no había perdido ni un ápice de sus facultades. Su extraña música requería de una pericia excepcional al teclado. El movimiento de los dedos, los saltos de un lado a otro de las manos requerían de una técnica y una habilidad extraordinarias. Proshkin, saltaba a la vista, disfrutaba enormemente de su interpretación. Nunca antes se le había visto sonreír mientras tocaba. Ahora lo hacía, sonreía ampliamente y la emoción por lo que interpretaba se reflejaba en su rostro, en su frente perlada de sudor por el esfuerzo físico e intelectual.

La sala permanecía en completo silencio, roto únicamente por las notas de Nicolai. Su música se vertía sin pausa sobre los embotados cerebros de sus oyentes, mudos ante la fascinación y la extrañeza que les provocaba la multitud de sensaciones nuevas y desconocidas a que les movía aquel inaudito concierto. Los rostros asustados, las miradas de estupor contenido no podían ocultar el hecho de que ni los críticos, ni los aficionados ni el público en general estaban preparados para la música de Proshkin. Cuando el pianista terminó su pieza, no se escuchó ningún aplauso. Ciertamente que Proshkin no pareció echarlo en falta. Prosiguió inmediatamente con otra pieza igual de extraña y complicada de entender e interpretar, pero que era la voz del pianista, la suya propia, durante tantos años desconocida. El público no podía decir si le gustaba o no lo que escuchaba, aquella música inconcebible les sublevaba, les hacía sentirse ofendidos, hacía que cerrasen su corazón incapaces de entender. Pero no podían decir que los dejase indiferentes, para bien o para mal. La música del impertérrito Proshkin, el otrora estoico intérprete, les provocaba extraños sentimientos, les movía a pasión. Pero no podían dejarse llevar. No podían admitir que aquella música inaudita los movía a sentimientos contrapuestos: provocaba su odio, su amor. El mundo no estaba preparado para la música de Proshkin, sofisticada, difícil, compleja, demasiado nueva. En consecuencia, casi todos habían decidido que el nuevo Proshkin y su nueva música no les gustaban, aunque la mayoría de ellos no podrían haber explicado si de hecho la música merecía ser llamada buena y bella o era horrible de veras.

Mientras tanto, Proshkin, ajeno a todo ello, se dejaba llevar de un lado a otro del teclado, sin que se llegase a saber si era el pianista el que llevaba la música o la música la que lo arrastraba tras de sí. Nadie podía negar que Proshkin sentía aquella extraña música que interpretaba. Nadie podía negar que Proshkin era feliz tocando. Las piezas se sucedían sin pausa las unas a las otras, Proshkin las enlazaba con naturalidad, pero sin conseguir que la repetición de lo extraño consiguiera provocar la familiaridad en los oídos de su público. Cuando el concierto terminó se escucharon unas cuantas palmas que sonaban a cualquier cosa menos a aplausos de triunfo. Eran aplausos de compromiso, de duda, de incompreensión, de ininteligibilidad. Proshkin se

levantó de su taburete y saludó al público como si tal cosa. No parecía derrotado ni mucho menos, no parecía consciente de su fracaso. Su mirada recorrió la sala de un lado a otro, sin mirar a nadie en concreto, pero aquellos que tropezaron con sus ojos tuvieron la extraña sensación de que Proshkin los miraba con lástima. Era como si se diera cuenta de que no comprendían su música, como si los compadeciera por su falta de sensibilidad. Tan enamorado estaba de sus composiciones, del sonido de su corazón, que le parecía inconcebible que su música no fuera buena y hermosa. Si la gente no era capaz de apreciarla era porque no podían comprenderla y eso era motivo de lástima, no de ofuscación.

¿Qué decir de los comentarios de los oyentes al salir del concierto? ¿Qué de las críticas de los especialistas? Aquella música inclasificable, inimaginable mientras no fue escuchada, fue rechazada de plano. Las razones fueron vagas, apoyadas, casi siempre, en la costumbre, en toda la música anterior. Como si todo lo que se había compuesto con anterioridad fuera motivo suficiente para negar aquella música nueva. Al condenar la música de Proshkin, o justificar la falta de capacidad de sus oyentes para entenderlo, se condenó al propio Proshkin. A él no pareció importarle en absoluto.

En días sucesivos la sala todavía estuvo llena de curiosos y aficionados, deseosos de comprobar si la música era tan extraña como se decía, que acudían más por esnobismo que por verdadero interés. Pero pronto la gente se cansó y dejó de acudir, se olvidó de Proshkin en cuanto dejó de parecer algo nuevo. Y a Proshkin tampoco pareció importarle. Los conciertos no le habían reportado mucho dinero y, cuando la sala dejó de llenarse y el espectáculo ya no fue rentable, al pianista no le importó pagar de su bolsillo unas cuantas sesiones más hasta que cubrió el número de actuaciones que se había fijado en un principio. Después, la sala se cerró para Proshkin. El empresario decidió que era mejor llevar a su local otro tipo de espectáculos más populares.

Proshkin no tocaba por el dinero. En su carrera como concertista había reunido el suficiente como para vivir holgadamente el resto de su vida, siempre que supiera administrar su pequeña fortuna. Cuando terminó aquella corta serie de conciertos en la famosa sala petersburguesa no recibió ninguna nueva oferta para poder interpretar su música, ni en su país natal ni en el extranjero. Algún empresario se

arriesgó a tentarlo con hermosas cifras para que volviera a su carrera anterior como pianista clásico, pero Nicolai Proshkin no aceptó ni quiso dar marcha atrás a su decisión. No echaba de menos su vida anterior ni en falta el éxito pasado.

En los medios especializados se le olvidó y de él se olvidó, especialmente, el episodio de sus extravagantes conciertos con música propia. Pero aunque casi todo el mundo lo ignoró, Proshkin siguió actuando. No pudo hacerlo en salas famosas ni a cambio de suculentos honorarios. Se quedó en su querida ciudad y recorrió muchos de los garitos donde empezaban los nuevos valores del país. Actuó, por ejemplo, en varias salas de jazz, donde su novedoso estilo fue presentado como una nueva tendencia de ese tipo de música, otros lo presentaron como postmoderno -ya que nadie ha sabido el significado de ese término y otros similares es de fácil aplicación a todo lo extraño y desconocido-, pero, en cualquier caso, no se puede decir que Proshkin tuviera éxito en ninguna actuación pública. Sin embargo, Proshkin no tiró la toalla. Más por sentido pedagógico que por ambición, se había propuesto enseñar al mundo su música. Así que, en lugar de limitarse a tocar para los amigos o para sí mismo, que siempre era lo más satisfactorio, Nicolai abrió él mismo un local de acceso libre donde la gente podía tomar unas copas y oír música variada con el inconveniente de tener que escuchar durante un rato las composiciones, por llamarlas de algún modo, del dueño. Tampoco tuvo éxito allí, pero se sintió satisfecho consigo mismo.

El local todavía funciona y Proshkin no renuncia al éxito, o el conocimiento al menos, de su música. El gran mundo lo ha olvidado. Lo ha olvidado a él y aún más a su música. Él todavía recibe beneficios por los discos en los que participó tiempo atrás, pero su música nunca ha visto oficialmente la luz.

¿Y el futuro? A quien le importa el futuro. A Proshkin no, desde luego. Lo han olvidado y lo han condenado al olvido. Tal vez con el tiempo se lo recuerde, tal vez se lo entierre más profundamente, quizá su música se considere divina y genial, quizá infernal e imposible, quizá no se considere. Pero, sea como sea, nunca se le podrá negar a Proshkin que hizo lo que siempre había deseado con su vida y con su música. Si a Proshkin le basta con eso, ¿quién es nadie para criticarlo? Si no, vayan a

verlo si pasan por su local. Se pone sobre el piano, sonríe satisfecho y empieza a desgranar notas, sus notas, con una emoción que no deja de sorprender por más que no se entienda su música.

Juan Luis Monedero Rodrigo

¿Qué hay más triste que las lágrimas de un niño?

Pues las de un hombre. El hombre puede preguntarse por qué llora y en esa reflexión puede sentir vergüenza o dolor. El niño sin embargo llora pero no reflexiona su llanto, son lágrimas descerebradas e inocentes. ¡Ah! pero el llanto de un hombre eso sí me conmueve. Sin embargo mi compasión puede llegar a ser injusta, es decir, no todo llanto del hombre merece un respeto, habrá que estudiar sus causas pues se puede llorar de orgullo, de rabia, de alegría (ante el mal ajeno). Así pues del hombre sólo me conmueven dos llantos, que por otro lado son los únicos que no tienen solución, o por lo menos uno, el que llora por la muerte y el que llora por amor.

Juan Carlos Jiménez Moreno

Cuando no llegas a oír otra cosa que el viento solitario de la desesperación recuerda que cualquier susurro de verano te sacará de las nieves perpetuas del olvido. Cuando tu corazón hibernado por el aliento de los que siempre quieren ver lo mismo, despierte al mundo de los que viven soñando, entonces y sólo entonces verás en el espejo algo más que una cara, verás un hombre. No andes por la vida esquivando a los que odias y pisando a los que quieres, sal corriendo en línea recta y cuando te encuentres con el muro de la incomprensión, salta por encima de él y ya verás como te crecen alas.

Juan Carlos Jiménez Moreno

UN MINUTO DE VIDA

La guerra fue algo irreal mientras se mantuvo lejos. Era un juego. Un juego divertido. La base, los aviones, el sueño de volar, el fundamento de todos sus anhelos. Y el juego estaba a punto de concluir.

La guerra estaba perdida. Los americanos, aquellos imbéciles de ojos grandes, iban a conquistar el Imperio. Tarde o temprano, sin remisión. La derrota era inevitable, también lo era la desesperación y conducía a medidas desesperadas. Los aviones, cada vez más cascados e inservibles, eran utilizados como armas arrojadas. Toda su fuerza estaba en el valor de sus pilotos.

Yasuhiro Moto ni siquiera era japonés. No de pura cepa. Su padre era el sargento Moto, el encargado de mantenimientos. Su madre una nativa del país. Él, el mestizo despreciado casi tanto como su madre. Sólo once años, ni uno más. Respirando sueños de aviones y guerra. Había asistido a las grandes hazañas de los héroes. Cuando los brillantes aviones surcaban el cielo buscando la victoria. Siempre, desde que tuvo conciencia de sí mismo, respiró el aeropuerto y se enamoró del cielo. La guerra era irreal, pero no los aviones. ¡Quién pudiera volar! Yasuhiro soñaba despierto con los galones de piloto, con un brillante zero surcando el gran azul bajo sus mandos. Con su pasión infantil se sentía capaz de dar cualquier cosa a cambio de cumplir su sueño.

Y tuvo su oportunidad. Le llegó cuando la guerra se hizo real. Cuando los otros extranjeros -su madre llamaba a su padre extranjero igualmente-, los de los ojos grandes, se acercaban. Cuando sus balas silbaban en los oídos, cuando sus bombas reventaban los cuerpos y los aviones en tierra. Cuando los pilotos morían y los aparatos se tornaban inservibles, cuando llegaba el ocaso del Imperio llegó la oportunidad de Yasuhiro, su minuto de vida.

Cuando no quedaron pilotos, cuando los aparatos no parecían poder elevarse sobre el suelo, el capitán de la base pidió voluntarios para el servicio del divino Emperador. Necesitaban pilotos, pilotos suicidas, kamikazes rituales capaces de entregar su vida por el honor de su líder.

Yasuhiro se presentó. Era un niño, pero eso ya no importaba. Incluso su padre, que nunca le prestó atención, se sintió orgulloso de él. Pero Yasuhiro no era voluntario del Emperador ni de una patria, era voluntario de su sueño. Volaría, viviría por una vez en su vida, aquello era lo importante.

No dedicaron más de dos días a su formación. Era emocionante sentarse en la cabina y manipular los mandos, oír las explicaciones del

instructor y aprender a volar. Después se les comunicó su misión. Todos la conocían, debían lanzarse en picado sobre las bases flotantes enemigas: barcos de transporte, portaaviones. Debían ser hundidas o inutilizadas a toda costa.

Llegó el gran día: se les entregó el uniforme de piloto, con sus galones, se les entregaron las cintas rituales, se celebró toda la ceremonia previa y su padre, el propio sargento Moto, le entregó la corta espada, el arma ritual.

Yasuhiro subió al avión. Se sentía flotar. Estaba feliz. Sus compañeros mostraban rostros tristes y decididos, el suyo era de alegría más que de abnegación. El destartado aparato respondió a los mandos, el avión se desplazó sobre la pista y finalmente se elevó trabajosamente.

Yasuhiro olvidó, por un momento, su triste misión y, cuando la recordó, tuvo deseos de no llevarla a término. Realizó un vuelo que no estaba programado. Se sentía seguro, como si hubiera estado practicando durante toda su vida, como si desde siempre hubiera sabido volar. Ascendió sobre las nubes, ensayó piruetas y, por fin, aceptada la necesidad de la misión, dirigió el avión hacia la costa. Era su obligación. Tras el premio de vivir su sueño, debía entregar la vida. Era un justo precio, o así se lo parecía al piloto Moto. Pero se sentía egoísta. Sabía que el combustible, tan escaso era, no llegaría para un retorno tierra adentro, ni siquiera para un aterrizaje forzoso en la costa. Pero necesitaba apurar aquellos preciosos momentos.

Sus compañeros ya se habían lanzado en picado contra los objetivos, recitando sus plegarias y hundiendo la hoja en su vientre. Todos habían fracasado, aunque Yasuhiro no lo vio. No tenía prisa por morir ni por cumplir una misión que no le interesaba. Las explosiones de los antiaéreos a su alrededor desequilibraban el aparato, pero Yasuhiro las ignoraba, sin preocuparse de esquivarlas.

Pero la obligación se la impuso la necesidad. En pocos minutos el avión se quedó sin combustible. El hermoso sueño iba a concluir de un modo u otro. Si el avión se iba a destruir y él con el aparato, le pareció justo pagar el precio convenido, aunque la inutilidad de su muerte era igual cumpliendo su objetivo o dejándose caer sobre el mar.

Empezó a descender, en el ángulo y dirección precisos que parecían conducirlo contra el casco de un navío. No dijo sus plegarias, no utilizó el arma ritual. Sonriente, apuró los últimos instantes de su existencia, que sólo había tenido sentido durante los últimos minutos, como si los breves años anteriores sólo hubieran sido un innecesario preludio para ese momento feliz. Una explosión sonó a su lado. El avión explotó y los restos chocaron con estrépito contra el agua. Yasuhiro dejó de existir. La misión, desde el punto de vista de los militares, había sido un fracaso. La sonrisa con que el piloto Moto afrontó su destino parecía indicar lo contrario.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Poema de noche

silbido de luna

La sombra oscura se camufla en la tiniebla

la luna observa, después adorna y al final se quiebra

bendito e inapropiado bolero para historia tan lúgubre

Pero, ¿quién apagó la luz?, acaso hubo luz alguna vez

Poema de noche

silbido de luna

La bestia se agita, la bella se esconde, un niño llora en la cuna

Vampiros, duendes, tragos, ¡pardiez! pero si no es ni la una

Madrugadores estos trasnochadores, todos quieren salir en la foto, mas ninguno aparece, sólo son sueños.

Pero por la noche quién sabe si duerme, sueña o imagina

Poema de noche

silbido de luna

hebillas de plata y almas de lata, haciendo ruido

¡De repente! un aullido, ¡qué digo! un rugido.

Huyamos de los rayos amarillos, el sol despierta, la calle desierta. El último beso me lo das en los labios pues sabes a noche y mi corazón debe prevenirse de futuros agravios.

Juan Carlos Jiménez Moreno

Seré optimista. Digamos que una persona cualquiera puede aspirar a vivir cien años. Nada menos que todo un siglo. Y ahora me pregunto, ¿es tanto tiempo como nos parece?

Ni mucho menos. Es una miseria. Nuestra breve existencia es verdaderamente una miseria. En un mundo que ha durado millones de años -y no digo que sea mucho tiempo-, nuestra vida no es nada. Tal vez por eso es tan fácil sentirse miserable.

Y ahora una reflexión. Si uno acepta que su vida es demasiado breve tiene dos opciones: resignarse o buscarle algún sentido. Si se resigna y piensa que son cuatro días y nada más y es un mero materialista, la perspectiva no parece muy halagüeña: hagamos lo que hagamos siempre será demasiado poco y desapareceremos como si nunca hubiéramos existido. No obstante hay quién se consuela y piensa que es bastante con dejar una huella, con contribuir al bien común o con hacer su santísima voluntad pese a quien pese y pasarlo lo mejor posible. Otros se limitan a llevar la vida de la patata: completa inactividad enmascarada en actos rutinarios de cuya importancia se autoconvencen. Me refiero, naturalmente, a cosas como el trabajo, la educación, los deberes sociales o familiares, el estúpido interés por acumular fortunas, amantes o cualquier cosa que tenga aspecto de inútil colección.

Claro, siempre se puede justificar la brevedad de la vida. Hay varias opciones: filosóficas, religiosas, éticas y hasta puramente materialistas.

Puedes pensar que esta vida es un valle de lágrimas (no es más que la visión judeo-cristiana medieval que, con las debidas modificaciones, ha llegado hasta nuestros días) prelude de un maravilloso premio -como si fuera la lotería- consistente en una paradisiaca vida eterna, o, si eres malo -vaya usted a saber qué es eso- irás al infierno a sufrir interminables tormentos -siempre me he preguntado si habrá algún masoquista deseoso de sufrir los tormentos del infierno.

Puedes pensar que esta vida sólo supone un aprendizaje, una oportunidad para que tu intangible alma pueda completar lentamente su formación, como si fuera al colegio (es, más o menos, la visión budista oriental del asunto). El resultado final del aprendizaje, cuya duración es

variable, al parecer, según las personas, es la comunión con un algo superior que lo abarca todo (parece que a la gente le cuesta trabajo llamarlo Dios cuando le incluye a sí mismo).

Bien, podría mostrar otras visiones partidistas del asunto. No se diferencian demasiado unas de otras. A fin de cuentas todas buscan una justificación a la brevedad de la vida y prometen alguna clase de existencia ultraterrena.

Me detendré, eso sí, en la visión materialista. También esta puede prometer algún tipo de prolongación de la existencia más allá de la muerte, aunque sólo parcial y limitada. Esta vida, dicen, es todo lo que hay. Te mueres y muerto quedas. De ti sobreviven tus hijos, que, a fin de cuentas algo tuyo son, y, a través de sus hijos, uno puede prolongarse y diluirse en sus nietos, bisnietos y demás. No es mucho, pero algo es.

Y ahora una última reflexión. Uno puede tener toda la confianza que quiera en el futuro y llamarla fe. No digo que la fe, ninguna de ellas, sea falsa. No niego que pueda haber alguna clase de vida posterior. Pero hay una cosa que nunca acabaré de comprender: nada justifica que malgastemos nuestra vida. Por mucha confianza que se tenga en otra vida, malgastar esta vida que, de momento, es la única en la que estamos metidos, es privarla de cualquier sentido.

Me resulta muy sorprendente el comportamiento de la gente. No voy a decir que todo el mundo se comporte igual ni lo haga en todo momento, pero sí es una tendencia bastante generalizada. Al principio de este ensayo he dicho una cifra: cien años. He sido generoso, aunque no deja de ser una miseria. Pero para mucha gente parece excesivo. Hay tanta gente que parece hastiada de la vida, y no digo que de veras lo esté, que parece despreciar el tiempo del que dispone. Muchas personas -la mayoría diría yo, con el grave inconveniente que suele tener la justicia de las mayorías, que extienden su comportamiento como norma de vida correcta y deseable- se buscan mil subterfugios con los que enterrar su existencia y darle apariencia de utilidad o conveniencia.

Espero ser capaz de explicar con claridad mi punto de vista. Me refiero al hecho comprobado y comprobable de que muchas personas no saben qué hacer con su vida, parece que le tienen alergia y, aunque la vida les aburre enormemente (posiblemente porque nunca han sabido lo que es estar vivo y llaman vida a lo único que conocen), no se atreven a

admitirlo y ocupan su tiempo con todo tipo de rutinas y obligaciones. Convierten en norma su aburrimiento y lo justifican. Llamamos a la rutina costumbre y les parece algo bueno. Cien años, había dicho, cien años que muchos se empeñan en ocupar con la apariencia de vida, con la muerte simulada. ¿Por qué temerán luego tanto a la muerte, tengan fe o no? Ya la conocen. Tal vez lo que les da miedo es que les llegue antes de haber sabido lo que es estar vivo. Tienen tanto miedo de la vida como de la muerte. Tan sólo porque no saben cómo emplearla. No saben cómo ocupar satisfactoriamente ese tiempo que no han pedido, que les ha sido concedido y que, no obstante, les resulta precioso. Su máxima preocupación es ocupar cada momento de su vida de cualquier manera, por simple miedo al vacío, de tal modo que nunca pueden disfrutar verdaderamente de la vida, aunque se convenzan de lo contrario. De tal modo que, muchas veces, condenan sus propios atisbos de vida y los que ven en el vecino como si de algo malo se tratase. ¿Y cómo ocupan ese tiempo? Precisamente con las cosas que, según ellos, dan sentido a su existencia: el trabajo, el éxito en su profesión, las obligaciones sociales, personales y familiares a que les conduce ese trabajo, mil rutinas oficiales convertidas en norma de vida. Todo tan artificial que muchas veces excluye la comunicación o el sentimiento. Y al tiempo que no saben emplear lo llaman ocio, y parece que tiene algún matiz despectivo, y lo llenan con otras rutinas y, sólo a veces, lo emplean para vivir y para hacer cosas que les gustan y les llenan.

Es una lástima, pero estamos en un callejón sin aparente salida. Todas esas cosas que hemos decidido que son importantes y deben dirigir nuestra existencia cada vez nos dominan más y difícilmente nos van a dejar escapar. Es curioso, aquellos desgraciados antepasados nuestros de las cavernas, estos pobrecitos salvajes que aún encontramos en algunas selvas y lugares remotos, aceptan el trabajo como una necesidad y disponen de tanto tiempo libre que el hombre occidental se marea, asustado, sólo de pensarlo. Y tal vez su vida es menos saludable, y menos sofisticada, pero tienen tiempo para relacionarse y ver lo que les rodea. Es lástima, pero nosotros no soportaríamos tanto tiempo libre (un resorte en nuestra cabeza nos dice que es malo y peligroso: trabajar, si es posible sin pensar, porque pensar puede ser peligroso, eso es lo más importante). Aunque nuestra

sofisticada sociedad tal vez pudiera permitirnoslo. Y de este modo, en sus cien miserables años llenos de actos útiles y provechosos, muchos hombres han pasado sin ver, sin ver el hermoso mundo que les rodea, sin ver a sus vecinos, tan ocupados como él en malgastar su tiempo, sin verse a sí mismos, sin conocer nada ni conocerse ellos mismos. Verdaderamente, es algo que nunca podré entender.

Juljunipar el junipundista

Que pensamiento es inútil, el verdadero, pues el que es útil no es un pensamiento es una solución y tiene que ver más con el problema al que da solución, que contigo mismo. El verdadero pensamiento es un sonido que escuchas en tu cabeza, lo oyes, lo comprendes, pero te fascina porque nunca se te había ocurrido.

Piensa por un momento, no será todo una farsa, no será que sólo existes tú y que lo que pasa a tu alrededor no son más que actores y efectos especiales sin otro fin que hacerte creer que no eres tú lo único que existes, dime también si no es posible que esos actores y efectos especiales sean provocados por una parte incontrolable de nosotros. Pero eso es demasiado fácil, somos tan tremendamente presuntuosos que no creemos que nada sea capaz de existir excepto nosotros y mucho menos superior a nosotros, por eso digo, los ateos no son otra cosa que soberbia, y no seguridad en sí mismos. Y digo que no seguridad en sí mismos, pues al contrario de lo que se pueda pensar, la gente insegura pretende adquirir seguridad individualizándose, llevando la contraria, demostrando constantemente que no necesita de nada superior a él, pero no todos los ateos son soberbia, también los hay impersonales títeres de las modas, ovejas miedosas y aquellos que no buscan, que no se preocupan.

El multihombre

Al guitarrista más grande
sin compasión, sólo con admiración

Noche oscura, día nublado

huellas que el tiempo no ha borrado

El fuerte dolor que en tu pequeño cuerpo anida no es comparable al que se merecen aquellos que te abandonaron.

La gente observa y saca conclusiones, pero todas son sucias y despectivas. Si se consideran superiores a alguien lo desprecian, si se consideran inferiores simplemente lo critican.

Noche oscura, día nublado

el viento ulula, como queriendo asustar a quienes te han olvidado

El sonido de una guitarra a veces es bello, a veces horrendo, no es en tus manos sino un llanto, un clavo ardiendo.

Las notas que des no importan, pues cualquier llanto es bello si es verdadero. ¡No! si ya sé que no lloras por ti, sólo gritas con lágrimas en los dedos. Merece la pena saber que mientras nosotros, cobardes, vivimos una vida sin final, hay algún valiente que nos mira y sueña con volar...

Noche oscura, día nublado

no hay nada con más valor que un valiente olvidado

Juan Carlos Jiménez Moreno

De repente algo turbó mi sueño.

Intentando escuchar y descubrir la causa de mi desvelo, me encontré con una voz que subía de las profundidades del averno, celos, celos, celos, celos...

A punto estaba de dejarme caer a un abismo de furia, cuando un susurro divino bañó mi alma de consuelo, amor, amor, amor, amor...

Después silencio.

Ya no puedo oír nada

de repente aparece tu imagen, ahora sí sé que me dormí, pues estoy soñando

Sueño que me quieres

Sueño que te quiero

Pero acaso no es verdad, acaso cuando sueño, vivo

Veo que me quieres
Veo que te quiero
Pero acaso es que estoy viviendo mi sueño. Por favor si algún día
te vas despiértame antes

Juan Carlos Jiménez Moreno

Alegraos. Soy un portento de la naturaleza y me digno a dejarme oír por vuestros miserables oídos.

Dudo mucho de que vuestras pobres mentes sean capaces de comprenderme. Pero, si queréis que os sea sincero, no me importa.

Siempre he sabido todo lo que era bueno y deseable. Nunca me he perdido nada que mereciera la pena.

Es fácil distinguir aquello importante y valioso de toda la basura, vuestra basura.

Nosotros los triunfadores, el ejemplo que vosotros, miserables, nunca podréis aspirar a seguir aunque queráis, nosotros, digo, tenemos claro que sólo es bueno lo que es bello y sólo es bello lo que es nuestro, de la gente chic, guapa, bien.

Si criticáis el vacío de mi vida es sólo porque no la conocéis, porque me envidiáis. Pero no quiero atosigaros con mi infinita superioridad. Estoy tan cansado de pensar que creo que se me va a levantar una insoportable jaqueca.

Os dejo, pues. Debo ir a ver unos modelos, jugar al tenis con Mariví y visitar a mis amigos, ya sabéis infinidad de cosas verdaderamente importantes por hacer que llenan mi maravillosa vida. Adiós, vulgares.

Narciso de Lego

Un perro solitario, un siervo de mil dueños,
Amo de nada, engañado por todos
no tiene más remedio que aullar a la luna
Ahora está solo porque no quiso un collar
pero duda y piensa si merece la pena la libertad
cuando sólo tiene por compañera la luna y por amante la
soledad

¡Guau, guau!

Yo conozco la oscuridad, tu sólo la imaginas.

Yo he bajado a los más oscuros pozos, donde la luz es sólo fantasía.

He vislumbrado toda la miseria del hombre, he tratado de compartirla pero sólo he conseguido endurecer mi corazón.

Lo he intentado, pero no la he vivido.

He querido conocer, como si eso fuera lo esencial.

Pero no he vivido.

No he sentido

Ni tengo nada propio que contar.

Salvo la perversión. Os he envidiado tanto a cada uno de vosotros que he querido convertirlos en lo que yo soy.

He querido convertir vuestro dolor en frustración, la frustración en desesperación y la desesperación en muerte.

Pero no lo he conseguido.

En vuestro dolor sólo he leído la esperanza de la que siempre carecí.

Y por eso os he envidiado y os he odiado.

Y por fin he dejado de existir, pues ya no soy lo que era.

Y ahora sé que, puesto que ya no soy yo, se me privará de ser cualquier otra cosa.

Dejaré de existir.

Tengo miedo, por supuesto.

Pero si no puedo ser lo que deseo, tal vez no sea tan horrible la perspectiva del no ser.

No obstante, si conociera la esperanza, me despediría diciendooos que querría volver a veros en otro lugar y siendo otra persona.

Pero conozco. El saber es mi única gracia.

Y sé que no es posible.

Por eso os digo, y me digo, adiós para siempre.

Melmoth el Errabundo

Todo hombre busca el éxito y quien no lo hace o es un fracasado, o su inteligencia es consecuente con sus actos. Éxito, se busca el éxito que no el dinero, sino el más dinero que nadie, que no la belleza sino el más bello que nadie, porque el éxito, el verdadero éxito, es tan verdaderamente egoísta que sólo puede ser de uno.

Pregúntame lo que es belleza y yo te responderé que es lo que a mí me parece bello. La belleza es como el tronco de un árbol, todos entendemos el tronco principal pero cada uno entiende a su manera las ramificaciones. Quién es el optimista sino un hombre que camina en línea recta y sin mirar a los lados, guiado hacia el frente por una luz que sólo él distingue, que sólo él piensa, que sólo él cree. Qué es el pesimista sino un hombre que viaja con lentes microscópicas, por un tortuoso camino de lógicas piedras de la vida cotidiana y tan asustado de perderse que en vez de mirar al frente mira al suelo bien para no perderse o bien para evitar encontrar el camino recto lo cual le obligaría a quitarse sus lentes microscópicas delante de todo el mundo. ¿Por qué piensas? Porque no puedes no pensar ¿Por qué piensas? Porque puedes pensar. Quien ama la vida, estará casado con ella hasta que la muerte los separe.

Amor, una palabra que todos hemos oído y hemos sentido por muy sordos que fuéramos. La verdad del hombre es la verdad de su pensamiento o de su sentimiento. Pues qué somos los hombres sino niños caprichosos y maleducados o niños cariñosos y juguetones. El hombre más ridículo del mundo es aquel que se considera adulto, pues no se da cuenta de que los niños se ríen de él y si se da cuenta no le importa pues son sólo niños, sólo niños, nada más y nada menos que niños, mentes inmaculadas que examinan y juzgan mejor que nadie debido a su virginal y universal capacidad intelectual. De los niños se puede aprender todo lo que se olvida cuando se crece. Lo único que hace al niño-adulto noble y desinteresado es el amor. Quien es capaz de amar es capaz de realizar la grandeza más consecuentemente bella que ha sido entregada a los hombres.

Anónimo Pérez

¡Vayamos a buscar nuevos sitios, vayamos a conocer nuevas gentes! Sueños de grandeza, pero no en la ida sino en la vuelta,

necesitamos salir y volver a casa para sorprender a nuestro vecino. No nos damos cuenta que vivimos en el borde de un anillo: vacío por dentro, sin preocuparnos por preguntar si está allí lo que buscamos y nada por fuera pues lo que mejor debíamos conocer que es lo de dentro no lo conocemos.

Y el sueño, qué me dices del sueño, el sueño sólo es un punto de vista, el sueño es lo contrario de cómo vives, si duermes soñarás que puedes despertar, si estás despierto pensarás que puedes soñar, no será el sueño la vida y la vida el sueño (?), no será dormirse nacer y despertarse morir o quizá sea nacer despertarse y morir dormirse, muerte y sueño ¡qué más da! Es el mismo tren sólo que uno tiene billete de ida y vuelta y el otro sólo de ida o quizá te deja en otra estación...

Si vives pensando que no vas a morir, cuando mueras sólo pensarás en vivir.

Juan Carlos Jiménez Moreno

EPÍLOGO (o epitafio)

Hemos concluido. No sabemos si te has sentido vivo en estas páginas. Tal vez, tan sólo, te hayas visto reflejado en alguna de ellas como un fantasma, como una sombra. Ya sería algo.

No escribáis nada en nuestras tumbas. Este epitafio es suficiente. Quizá volvamos a ellas a descansar de vez en cuando, pero no definitivamente. Por eso no escribáis. Una tumba sin muertos no merece epitafio, al menos no uno perdurable.

Nos levantamos de nuestras tumbas y fue muy hermoso. Tanto que no pensamos volver a ellas hasta que nos llegue la verdadera hora. Ojalá alguno de vosotros se haya decidido a abandonar su tumba, su nicho o su fosa (los sitios donde te entierran son tan variados como las formas de morir, pero el color de la muerte es siempre el mismo).

Si no queréis resucitar es cosa vuestra, pero nosotros aún nos sentimos en la obligación de invitaros una vez más a hacerlo. Si no lo conseguimos no nos sentiremos fracasados. ¡Peor para vosotros! En otra ocasión trataremos de sacaros de vuestras tumbas, de convenceros.

Y sí, por qué no, hemos decidido que, si así lo deseáis, escribáis un epitafio sobre el frío mármol que nos cubriría: "En recuerdo de los que nos han abandonado", porque, ciertamente, no tenemos intención de volvernos a enterrar con vosotros.

EL PUNTO Y FINAL

¡Calma todo el mundo! No se trata de una moralina.

Si tanto presumimos de estar vivos, queremos informarnos de vuestras resurrecciones y asegurarnos de que nuestra revista también está viva. Por eso, si tenéis algo que decir, cualquier cosa legible e interesante, podéis enviarlo a esta dirección o poneros en contacto con este teléfono. Lo sentimos, pero no podemos prometer que vaya a haber un nuevo número y, desde luego, la colaboración no os proporcionará ni un duro.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Podéis descargaros las revistas de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

<http://eldespertar.bubok.es>

(Se agradecería que las colaboraciones estuvieran hechas en word, si no, al menos mecanografiadas, y, si es a mano, con letra legible)

Gracias y hasta pronto.

P.D.: Abstenerse todos aquellos que hayan visto Sister Act 2 y les haya gustado.